

La Ilustración Artística

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.

AÑO XXIII

BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1904

Núm. 1.154



ATENEO DE
BIBLIOTECA

BAILE DE MASCARAS, dibujo de A. Mas y Fondevila

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. — Ir por lana (cuento de Carnaval)*, por Juan Téllez y López. — *El Museo Postal de Berlín*, por Eduardo Verdegay. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — La conquista*, novela ilustrada (continuación). — *El tren para carreteras del coronel Renard*, por G. Espitalier. — *El túnel del ferrocarril de Pensylvania en Nueva York*.

Grabados.— *Baile de máscaras*, dibujo de A. Mas y Fondavila. — Dibujo de Carlos Vázquez que ilustra el cuento de Carnaval titulado *Ir por lana. — Barcelona. Celebración de la colocación de la primera piedra del monumento al Dr. Robert. — Gran festival celebrado en el teatro del Liceo. Vista del escenario. — Lámina con varios dibujos de dicho festival*, composición de J. Passos. — *El Museo Postal de Berlín. Vista exterior. — El vestíbulo. — Reproducción en yeso de una lápida conmemorativa. — Un shtyala griego. — Coche cubierto de fines del siglo XV. — Inscripción griega procedente del templo de Zeus en Olimpia. — Vista de una de las salas del Museo Postal de Berlín. — Lámina que representa el vuelco del coche que conducía al papa Juan XXII. — Casa de correos francesa del tiempo de Luis XV. — *Desdémona*, cuadro de Juana Romani. — *Alegoría del Carnaval*, dibujo de Carlos Vázquez. — *Roberto Comtesse. — Tren automóvil Renard. Locomotora. — El tren Renard completo recorriendo la Avenida Rapp en París. — Una boda en Valencia á principios del siglo XIX*, cuadro de V. de Paredes. — *Sección del túnel del ferrocarril de Pensylvania en construcción bajo el río Hudson*.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El Consultorio de niños de pecho—el primero que se ha fundado en Madrid—se inauguró solemnemente, hace pocos días, en mi calle, con asistencia de la Reina Madre, de los príncipes de Asturias y Baviera, de la infanta Isabel, y de un concurso numeroso, entre el cual dijérase que se confundían y ocultaban, en vez de ostentarse, los fundadores, marqueses de Casa Torre, como siempre reservados y en actitud del mejor gusto, poco habitual en casos análogos, no sólo aquí, sino dondequiera. La obra no es, sin embargo, cosa baladí, y vale mucho más de la respetable suma que cuesta, en cuanto representa una iniciativa de seguro resultado. Aunque en Barcelona existe ya uno de estos Consultorios, lo cual no me maravilla, porque Barcelona va siempre delante en este género de actividades y en otras muchas, no me parece inoportuno dar algunos detalles y noticias sobre la fundación digna de todo encomio de los marqueses de Casa Torre (1).

* *

Para reseñar la historia de estos establecimientos, me sirve de guía el librito del doctor D. Rafael Ulecía y Cardona, director actual del Consultorio de Madrid. Reciben el expresivo nombre de *Gotas de leche*, y son, efectivamente, una gota, no más que una gota, pero con esa gota se salvan muchas vidas.

El doctor Ulecía está casado con una Salazar, de los Salazares *estrellados* de Vizcaya: hay en las venas de la señora de Ulecía una gota de sangre que corre también por las de los marqueses de Casa Torre y por las de quien esto escribe.—La relación y el parentesco con el ilustrado médico fueron causa ocasional—la causa determinante hay que buscarla en la generosidad del ánimo—para que los marqueses, le-

(1) En efecto, en Barcelona funciona desde hace más de medio año esta institución benéfica cuyo reciente establecimiento en la capital de España ha inspirado á doña Emilia Pardo Bazán la presente crónica, hondamente sentida y bellísima como todas las con que honra las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestra distinguida y estimada colaboradora. Por iniciativa del teniente de alcalde, entonces alcalde interino, D. Julio Marial, y con el valioso concurso del decano del Cuerpo médico municipal doctor Macaya, fundóse, en el mes de agosto último, el Consultorio de la calle de Sepúlveda, que desde entonces viene prestando, por cuenta del Ayuntamiento, valiosos servicios á multitud de familias pobres, proporcionándoles gratuitamente la leche esterilizada y pasteurizada en la misma forma que describe la señora Pardo Bazán, dando saludables consejos á las madres y practicando todas las operaciones que constituyen la misión de la *Gota de leche*.

Como en el número 1.136 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al día 5 de octubre del año próximo pasado, nos ocupamos extensamente de este asunto, dedicándole un artículo ilustrado con varios grabados, omitimos en el presente entrar en mayores detalles.

(N. de la R.)

yendo los notables estudios del doctor Ulecía sobre la mortalidad infantil en Madrid, se resolviesen á aplicar el remedio á plaga tan triste, ó al menos á plantar el primer jalón del camino por donde el remedio venga.—Antes de plantear el establecimiento en Madrid, el doctor recorrió los del extranjero, y nos comunica sus impresiones en un libro nutrido de hechos y datos interesantes, que revelan la eficacia con que este género de obras se emprenden en Europa.

Las *Gotas de leche* tienen dos objetos: dar consejos á las madres acerca de la lactancia de sus hijos, y suministrarles leche de buena calidad. La primer *Gota de leche* tuvo derecho á la primer visita del doctor Ulecía: es la de Fécamp, puertecillo normando donde se elabora el famoso licor conocido por *Benedictino*. La fundó y dirige—con auxilio del Ayuntamiento y vecindario—el doctor Dufour, y en ella, al lado de las secciones de suministro de leche mediante pago, hay una sección casi gratuita para los pobres. Esto mismo se hace en Madrid, á pesar de que en Madrid la leche es cara y el doctor Ulecía nos informa de lo baratísima que cuesta en Fécamp.

* *

Por la explicación sucinta del programa de las *Gotas de leche* parecerá sencilla su organización. No lo es, sin embargo: ofrece dificultades y exige minuciosa atención en quien se encargue de hacer funcionar el mecanismo. Sobre el modelo de Fécamp está principalmente calcado el Consultorio madrileño.

En él se entrega diariamente á las madres que no pueden criar ó necesitan ayuda, una cestita con cierto número de biberones, que contienen la cantidad de leche correspondiente á cada vez que ha de mamar la criatura. Un día por semana es pesado el niño en la basculita en forma de batea, revestida de blanco y azul, adornada de encaje—coquetería de la caridad.—Se dan á la madre los consejos médicos é higiénicos que el estado del niño requiere, en presencia de las otras madres asistentes á la consulta, y á quienes este curso de puericultura conviene mucho.

La leche que se suministra en el Consultorio está perfectamente esterilizada y maternizada; y digo que á los pobres se les da casi de balde, pues la copiosa ración diaria sólo cuesta diez céntimos. Ved ahí una forma ingeniosa de substituir, en el presupuesto de socorros, el limosneo callejero, ineficaz y detestable costumbre de nuestra patria, por algo útil y positivamente caritativo. ¿Quién, en las calles de Madrid, no invierte al día diez, quince, veinte, veinticinco céntimos en el chorreo de la limosna anónima, que va á parar á manos de vagos profesionales, de borrachos, de perdidos, de gente que busca en la mendicidad un arbitrio para vivir sin molestarse en trabajar? ¿Quién ignora que se alquilan, como puede alquilarse un puesto bien situado para expender verdura, los rincones á la puerta de las iglesias? ¿Quién no ha leído historias de niños explotados, de pordioseros muriendo con el jergón relleno de billetes de Banco y monedas de oro? ¿Quién desconoce la estrecha relación entre esa mendicidad callejera con el hampa y con todas las formas del delito? Y al lado de esta mendicidad en la vía pública, ¿no subsiste, no florece, no nos invade la mendicidad por carta, la impostura llamada *sablazo*, merced á esa pereza de la voluntad que tan severamente estigmatiza Heriberto Spéncer en su tratado *De las instituciones benéficas*? «Hay siempre—escribe el eminente filósofo inglés—una porción de gente que, al recibir la carta, cree que se trata de diestros embaucadores, pero cede antes de tomarse el trabajo de una comprobación, pensando quizás los que así proceden que son virtuosos al hacer una cosa que parece buena, en vez de ser, como son, viciosos, al no cuidarse de evitar un daño. Cualquiera sabe que al obrar así se mantiene vivo un núcleo de bribones y estafadores, y sin duda de aquí se deriva considerable perjuicio á la beneficencia individual.»

Si los que por pereza, por «quitarse» al que les acosa en la calle ó á domicilio, con plañideras retahilas ó con lastimosas esquelas, dedicasen lo que gastan inconscientemente á la obra consciente y regularizada de los Consultorios de niños de pecho ó á otros afines, ¿cuánto ganarían la salubridad, la higiene, la beneficencia, en suma!

Y que se da abundante limosna al menudeo, pruébalo el hecho de que aumenten los mendigos y los industriales de la epístola-petitorio. No perderían éstos tiempo, tinta y papel, no tardarían aquéllos en procurarse labor, si sus respectivas profesiones no les produjesen lo bastante para arreglarse la existencia con cierta relativa comodidad. No son millonarios los que le acosan sin tregua al transeunte en

Madrid, ni lo serán tampoco los que agotan la retórica del petardo: es fácil, no obstante, que se vea reducida á más estrechez la lavandera que os trae limpia vuestra ropa, la costurera que os la zurce, la castañera que vende en la esquina de la manzana, el sastrecillo y el zapatero en tiempo de *cebolla*, el humilde escribiente, el obrero á quien la lluvia deja sin ocupación... Para la chiquillería de estos verdaderos pobres que no piden se fundan los Consultorios y se preparan los limpios biberones en la cesta de alambre.

* *

La idea moderna, tan contraria á dar á la beneficencia carácter de *limosna*, es la que ha influido para que no se suministren raciones de leche enteramente gratuitas; para que se sostenga el recargo de diez céntimos en las más baratas. «El doctor Dufour—dice el doctor Ulecía—no quiere que la madre pierda la noción del deber que tiene de alimentar á su hijo, y que su manutención le cueste, aunque poco, alguna cantidad. Realmente, parece imposible que haya madres que no puedan disponer de diez céntimos para la manutención de su hijo.» Y sin embargo, las hay. Las hay en gran número, no entre las mendigas, sino especialmente entre las trabajadoras. Sé de una obrera á quien el médico había ordenado dar á su niño, diariamente, cocida en leche, una sopa de tapioca. Gracias á una señora compasiva, tuvo la leche; pero la tapioca—diez céntimos—no la pudo comprar muchos días. Diez céntimos, en el menaje de un pobre, se necesitan para mil atenciones: el carbón, el aceite, los garbanzos, el mineral, los fósforos, las astillas, el jabón. No hablemos del casero, no hablemos de la ropita, á menudo empeñada... La tapioca era *el lujo*. Y *el lujo* será también, en muchos humildes hogares, esos biberones tan aseados y bonitos que por diez céntimos ofrece el Consultorio.

* *

De estos Consultorios, ha dicho la reina madre, se necesita uno en cada distrito de Madrid. La prueba de que en efecto es así, la da la concurrencia, el apuro que en el único por ahora instalado se advierte. No hay manos, ni ciencia, ni tiempo, ni leche para tanto niño como sería preciso atender. La *gota* debiera convertirse en río. Que la gente entregue para esta obra la cuarta parte de lo que da sin mirar en la calle, á la puerta de iglesias y teatros, en las mil ocasiones que solicitan la fácil compasión semejante á indiferencia y holgazanería *del espíritu*... y se logrará salvar de morir en flor á miles de criaturas, dar á otras innumerables elementos de vida y de salud que formen generaciones robustas, útiles á la patria.

* *

Los marqueses de Casa Torre han hecho lo principal: fundar y establecer. Por ancho que sea su corazón, por hondo que sea su bolsillo, la *Gota de leche* no puede sostenerla un individuo: es empresa social. Numerosas suscripciones pequeñas, al tipo de cinco ó diez céntimos diarios, es lo que piden el Consultorio ya instalado y los que deben instalarse á su ejemplo.

Temo que pasado el día brillante de la inauguración; olvidados los artículos de la prensa, la costra de indiferencia social vuelva á consolidarse, porque es más arduo—lo he observado—obtener del público una modesta y constante cooperación, que un donativo fuerte, de pronto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

En historia todo puede demostrarse y nada puede negarse.

G. LENOTRE.

La razón no dice que la guerra deba desaparecer, pero sí que es preciso obrar como si hubiera de desaparecer.

KANT.

Un pueblo libre sería aquel que se desembarazara de los déspotas sin convertirse en opresor.

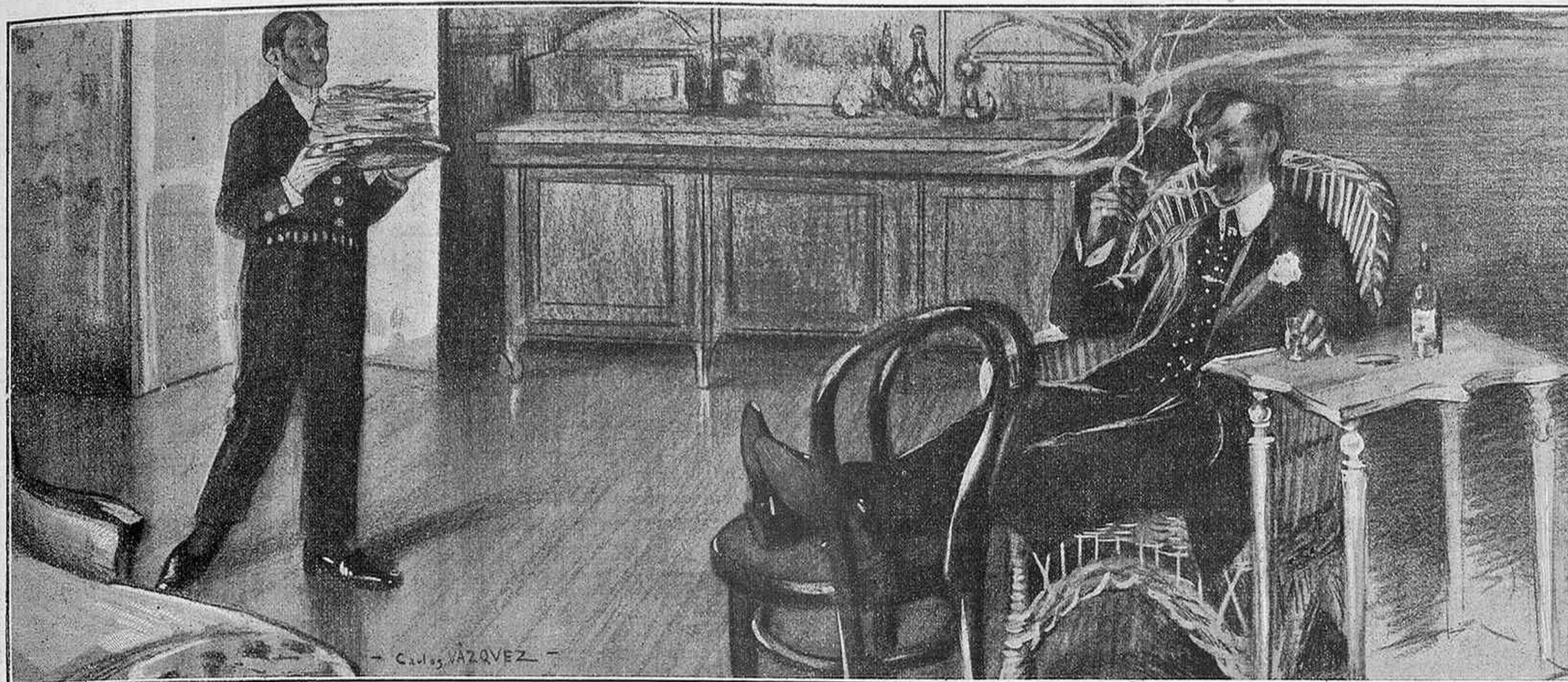
AQUILES TOURNIER.

Nada hace tantos incrédulos como los malos argumentos en apoyo de la verdad.

A. DE GASPARIN.

Gracias á las maravillas de los modernos inventos, la realidad sigue de cerca á las previsiones de la ciencia y deja atrás las ficciones de la novela.

G. M. VALTOUR.



Se arrellanó en un sillón, dispuesto á pasar la mejor velada de su vida

IR POR LANA...

(CUENTO DE CARNAVAL)

†

«EL EXCMO. SR. D. PATRICIO VILLALONGA Y MONTEVIRGEN, Senador del Reino, jefe de Administración civil, Académico de Bellas Artes, de Ciencias morales y políticas, Gran Cruz de Isabel la Católica, ex Gobernador civil, etc., etc.»

»Ha fallecido el día 13 de febrero de 1900, á las siete de la mañana, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de S. S.

»El Presidente del Senado y el Ministro de Instrucción Pública, jefes y sus albaceas testamentarios ruegan á usted se sirva encomendarle á Dios y asistir á la conducción del cadáver, que tendrá lugar el día 14, á las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, Carretas, 107, al cementerio de la Sacramental de San Isidro, por cuyo favor le quedarán agradecidos.

»El du:lo se despide en el cementerio. — Se suplica el coche.»

Esta esquela, lujosamente orlada de luto y envuelta en elegantísimo sobre, hizo repartir D. Patricio entre sus íntimos—que lo eran todos cuantos representaban algo en las distintas aristocracias, de la sangre, del dinero, etc.—un domingo de Carnaval que se levantó de buen humor.

Lo pensó, y como lo pensó lo hizo. «Así—se dijo—doy una broma original á todo el mundo, y mañana, cuando vengán al entierro, me los llevo á Fornos ó al Inglés y allí en espléndido banquete celebramos mi resurrección. Al mismo tiempo—y esta era la clave de todo—veo esta noche y mañana lo que la prensa dice de *mi muerte*... ¡Cómo me voy á reír! Lo menos, lo menos, me dedican el fondo cuatro ó cinco periódicos: arriba, en letras muy grandes, mi nombre debajo de una banda negra; después, en sendas columnas de prosa cerrada, mi biografía, con el relato de mis triunfos académicos y políticos; luego las alabanzas consabidas, sin faltar aquello de «el entierro promete ser un acontecimiento: todo el Madrid que vale y representa algo se congregará á rendir el último homenaje al ilustre finado.» etc., etc.

«Y pasado mañana—seguía pensando—los mismos periódicos celebrarán mi ocurrencia, reseñarán el banquete y publicarán los brindis... Porque ¡es claro!, habrá brindis... Ya se va haciendo esto algo cursi, pero en un caso así y en Carnaval, todo pasa... Luego vendrán los sobrinos de provincias, ávidos de repartirse el botín..., y me harán la rueda, celebrando mis bromas, pero de dientes afuera, aunque por dentro se mueran de rabia...»

Ni la impaciencia del preso por que llegue el día de su libertad, ni la del enfermo por el de su salud, pueden compararse á la que se apoderó de nuestro héroe desde el momento en que uno de sus criados—un aragonés muy bruto que estaba en el secreto—volvió diciendo que las esquelas habían quedado repartidas.

Los minutos se le hacían siglos: no podía salir de casa por si le veía alguien; quería leer y las letras parecían salirse de sus sitios respectivos para ponerse en correcta formación y construir la ansiada biografía ó el deseado elogio... Por fin y á fuerza de pasteles y cognac, pudo adormecerse en un diván de su des-

pacho, y ¡oh dicha!, cuando despertó era bien entrada la noche.

Encendió luz, llamó á un criado y le dijo:

—Vete á la Puerta del Sol y compras todos, absolutamente todos los periódicos que hayan salido esta noche: ¿lo oyes bien?, ¡todos! Si te dejas alguno, te despido mañana.

Y le dió un montón de calderilla.

—¡Ah! Y mientras vienes, que me sirvan la cena.

D. Patricio cenó muy poco, y en cuanto vió entrar al criado con un marmágnun de papel impreso, colocado en dorada bandeja, se levantó de la mesa, y encendiendo un habano, se arrellanó en un sillón, dispuesto á pasar la mejor velada de su vida...

Cogió uno de los periódicos, cualquiera, el que tenía más cerca: lo desdobló un poco y... el fondo se titulaba ¡*Quién mal anda!*... Se refería al gobierno y hablaba «de su desdichada gestión,» «de su próximo fin,» «de la crisis que se acercaba á pasos agigantados» y otros lugares comunes de los diarios políticos de oposición. Y... ni una palabra de D. Patricio que, con los ojos muy abiertos y temblando de emoción, se leyó de cabo á rabo el artículo, retardando el momento del placer supremo... Así fué leyendo el segundo fondo, el comentario político y acabó la primera plana sin ver su nombre... Al desdoblar el diario la emoción subió de punto: esperaba con fruición las bandas negras, la necrología, etc.: recorrió con avidez las dos caras... y nada. Ni una mala gacetilla, ni una noticia, nada que á él se refiriera.

Con enojo mal reprimido cogió otro periódico... y lo mismo, y en una palabra, no consiguió ver en ninguno la menor alusión: su muerte había pasado inadvertida; la prensa de la noche no tenía ni un recuerdo para él...

Imposible sería pintar la desesperación de aquel hombre: apretaba los dientes y rasgaba los periódicos, los partía á mordiscos, los pateaba lleno de furor y los iba echando á la chimenea, viendo con placer infinito cómo ardían, retorciéndose entre las llamas...

No salía de su asombro. «¿Tan poco represento? ¿No soy yo mucho más que cualquiera de esos percebes cuyas necrologías vemos en los periódicos? ¡Muérete y verás! En cuanto vea á un periodista le escupo la cara y le abofeteo...»

Pero todavía le quedaban sorpresas mayores y más desagradables: la prensa de la mañana, que leyó desanimado y triste después de una noche de insomnio, no decía nada tampoco; y lo peor es que dieron las nueve y las nueve y media, y las diez y las diez y media, y ni nadie vino ni oyó pararse un coche á su puerta... Sólo el *guirigay* de las máscaras sonaba en sus oídos como tremendo sarcasmo de aquel triste y lluvioso lunes de Carnaval...

Desesperado, rabioso, frenético, cogió un revólver y diciendo:

—Pues que tan poco represento, ¿para qué vivir?

Se lo acercó á la sien y emprendió veloz carrera por sus habitaciones, se puso un gabán, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y se metió en el primer coche de punto diciendo:

—¡Al cementerio de San Isidro!

«Para matarse—pensó—siempre hay tiempo: voy á ver si allí hay gente.»

Pero... nada. El cementerio estaba solo, triste; don Patricio se acercó á una fosa, y ya le estaban entrando deseos de meterse en ella y suicidarse allí, cuando vió venir muy sofocados dos jóvenes y oyó decir á uno de ellos:

—¿Lo ves? Hemos llegado tarde...

Se acercaron á la fosa que miraba nuestro héroe, y el que había hablado continuó:

—Aquí debe de haber sido: está la tierra reciente...

—¿Nos hace usted el favor de decir si ha sido ya el entierro de D. Patricio Villalonga?, preguntaron al pobre señor.

—Creo que sí...

—El caso es que yo tenía interés en saberlo positivamente.

—Pues... haga usted el favor de venir conmigo y lo sabrá. Afuera tengo un coche esperándome...

El joven le miró fijamente..., dijo dos palabras al oído de su acompañante, disculpándose sin duda, y contestó:

—¡Vamos!

Cuando llegaron á casa del Senador—que allí fueron á parar con sus huesos,—D. Patricio sacó el revólver y apuntando al joven exclamó:

—O me dice usted categóricamente la causa del interés que tiene por saber si han enterrado al señor Villalonga, ó le levanto la tapa de los sesos...

Y viendo que el joven vacilaba y sintiendo una especie de ternura hacia él, ya que había sido el único que no le olvidara en el día de su muerte, dulcificó el tono y le contó punto por punto las penalidades por que había pasado desde que tuvo la desgraciada ocurrencia de fingir su propia muerte...

—¿Me promete V. E. que no se enfadará conmigo si le digo la verdad?, contestó por fin el joven.

—¡Lo juro!

—Pues bien, es muy sencillo. Yo tengo novia: nos queremos muchísimo y estamos deseando casarnos; pero para ello se necesita que yo tenga un sueldo. Ahora bien: V. E. tiene un protegido en el Ministerio que ocupa una plaza que yo quisiera para mí; y el Sr. X me la ha prometido para cuando V. E. dejara de proteger con su influencia á mi rival, y es claro que habiéndose V. E. muerto...

—Ya, ya comprendo; pues para que no tenga usted que desear mi muerte, venga mañana por la credencial y cátese usted con mil demonios. Y ahora, ¡largo de aquí, cuervo!

D. Patricio se quedó solo, apretó furiosamente un timbre y llamó al aragonés.

—Vamos á ver, le dijo no bien le tuvo en su presencia, ¿tú entregaste ayer las esquelas? Mira que si me mientes te mato aquí mismo...

—¿Se va á enfadar V. E. si le digo la verdad?

—¡Otro que tal baila! ¡No!

—Pus, otra que Dios, como todos se ponían tan tristes al leerlo..., pus les dije: «*No se apuren ustedes... es una broma del señorito.*»

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

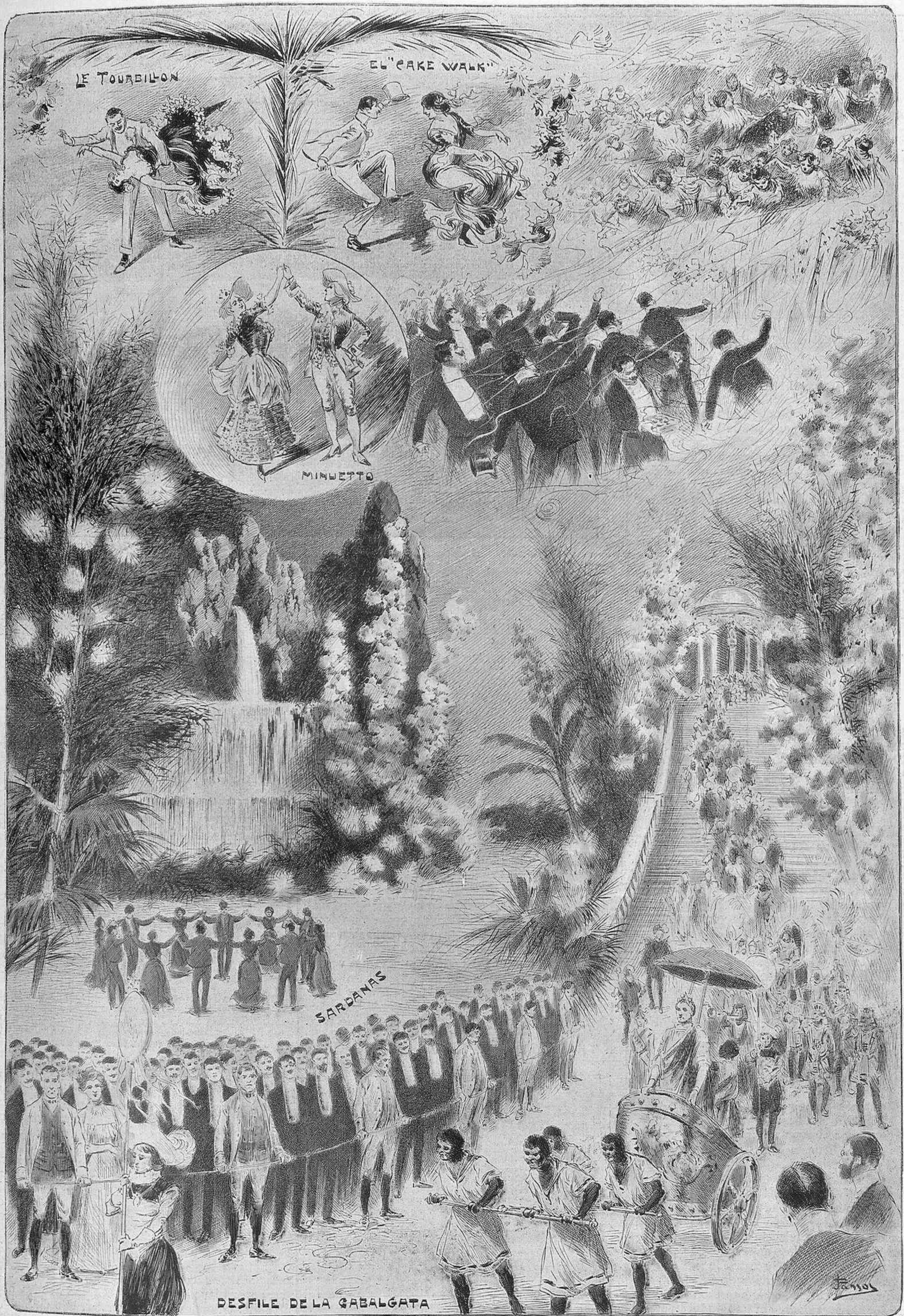




BARCELONA. - CEREMONIA DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO AL DR. ROBERT, CELEBRADA EL DÍA 31 DE ENERO ÚLTIMO
(De fotografía de A. Merletti)



BARCELONA. - GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO EN LA NOCHE DEL 28 DE ENERO ÚLTIMO. - VISTA DEL ESCENARIO
(De fotografía de A. Merletti)



BARCELONA. - GRAN FESTIVAL CELEBRADO EN EL TEATRO DEL LICEO EN LA NOCHE DEL 28 DE ENERO ÚLTIMO,
 composición y dibujo de J. Passos



El Museo Postal de Berlín. - Vista exterior

EL MUSEO POSTAL DE BERLÍN

Una grandiosa síntesis de la humanidad; todo el desenvolvimiento de la civilización en sus progresivas evoluciones, que paso á paso puede estudiar el curioso visitante, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; esto es el Museo Postal de Berlín.

Entre los muchos museos que solicitan la atención en la suntuosa capital, acaso no hay ninguno más instructivo que éste, muy visitado por los alemanes y poco conocido por los extranjeros.

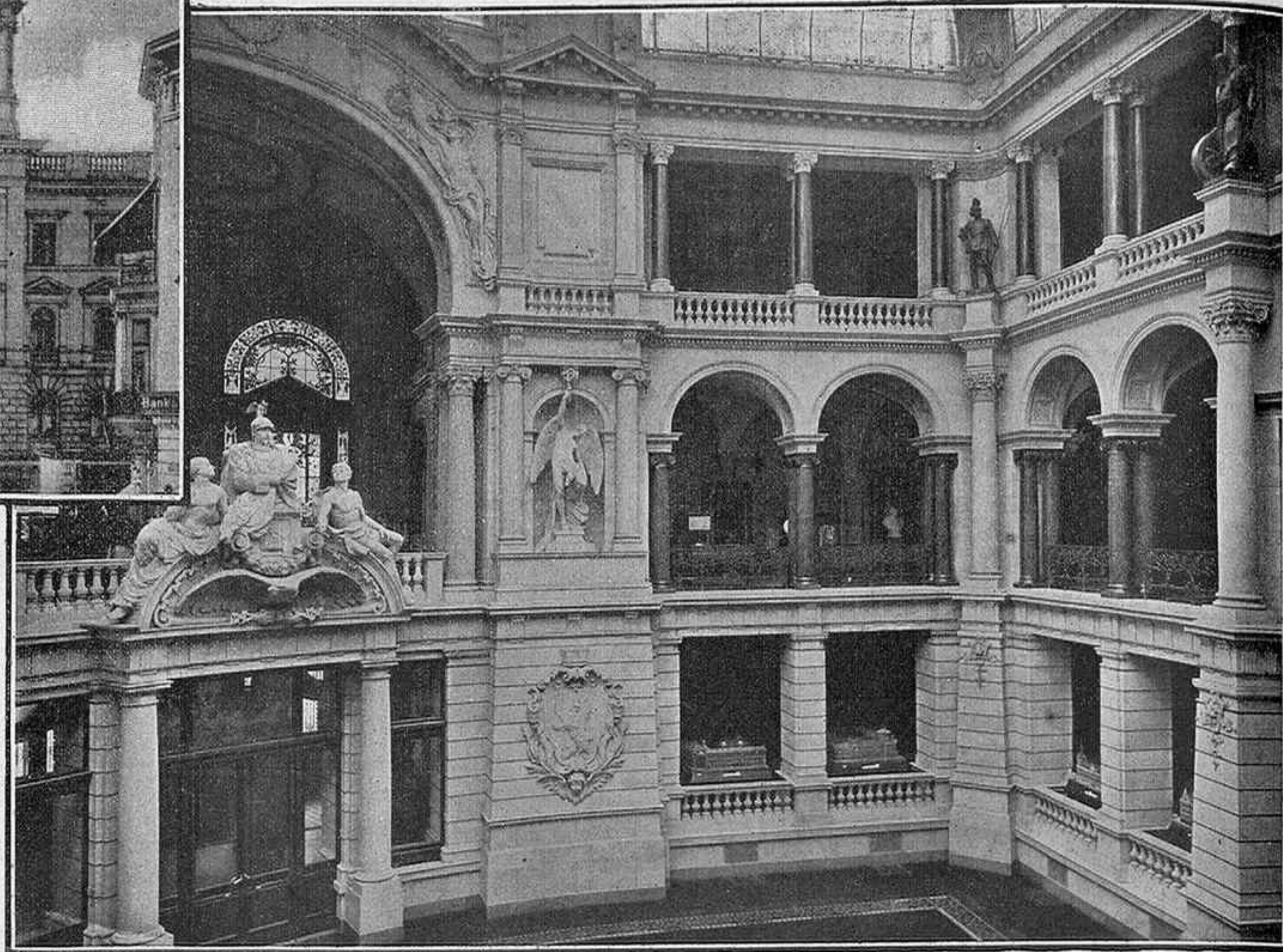
Allí, histórica y científicamente coleccionados, aparecen á los ojos del que recorra las salas y galerías del Museo todos los recuerdos, todos los objetos que han servido al hombre en su vida de relación de unos con otros pueblos; y como estos medios de comunicación están siempre en razón directa de la cultura, de aquí que la inteligencia pueda abarcar en estas soberbias colecciones toda la historia del progreso humano.

Encuétrase instalado el Museo en un magnífico edificio en la calle de Leipzig, número 15, en el Hotel Central de Postas, y conviene recordar que cuando se fundó, hace poco más de treinta años, en 1871, sólo ocupaba un salón y una galería, y sus objetos estaban catalogados en un folleto de 51 páginas. Y hoy las colecciones llenan por entero todas las salas y galerías de los tres pisos de que consta el hermoso palacio destinado á su instalación, y es el Catálogo un libro de 575 páginas.

Tres grandes puertas dan acceso á un vestíbulo, que á su vez sirve de entrada á un artístico patio semicircular, adornado con esbeltas columnas y elegantes zócalos de mármol de diferentes clases. En su centro, sobre sencillo pedestal, y en mármol también, se levanta majestuosa la estatua en tamaño natural de Von Stephan. Digno tributo rendido al patricio ilustre, que por espacio de más de treinta años fué ministro de Correos del Imperio alemán. A él se debe la fundación del Museo; á él la Unión Postal Universal, que tantos beneficios viene prestando á la civilización del mundo todo, y él ha sido, en fin, el reformador, el alma de los servicios postales en la mitad del siglo XIX, contribuyendo á la multiplicación de las relaciones entre los pueblos y facilitando así el prodigioso desarrollo del comercio y la industria en Alemania. Su patria le rinde homenaje de gratitud. El mundo civilizado saluda su memoria con respeto. De este eminente estadista decía el emperador Guillermo que era uno de los hombres que más habían cooperado á la grandeza de su imperio, más acaso que el mismo Bismark, aunque por medios distintos.

Y evocado este recuerdo que involuntariamente acude á la memoria de todo aquel que conoce la sa-

bia y fructífera labor que realizó en vida Von Stephan, paso á describir las maravillas que encierran las salas de este Museo, real y también escribiente del ejército llamado *Psir*, cuya mujer tenía el nombre de *Ruca*. ¡A través de los siglos llegan estos nombres hasta nosotros! Varias tablas de madera, del tiempo de la XVIII dinastía



El Museo Postal de Berlín. - El vestíbulo

nutrido de preciosas curiosidades en el orden histórico, si bien he de hacerlo ligeramente por ser empresa imposible y ardua la de analizar detalles, si ha de circunscribirse la tarea á los límites de un artículo. He de concretarme, pues, al relato de lo más notable de las numerosas colecciones ó á los objetos de mayor interés para los visitantes.

Al comenzar el estudio del Museo por las instalaciones de la planta baja, lo primero que cautiva la atención son los útiles de escribir que usaban los pueblos de la más remota antigüedad, egipcios, asirios, persas y hebreos, y las reproducciones gráficas ó plásticas de sus caracteres de escritura, cuando no es posible exhibir los originales por encontrarse en otros Museos. Entre esos objetos curiosos recuerdo los siguientes: una tableta de piedra de las que usaban para escribir los egipcios 1.600 años antes de J. C. y que acostumbraban á depositar en los féretros al proceder al enterramiento, llenas de bendiciones para que acompañaran al muerto en su tumba. Un trozo de una paleta de escribir con hierogramas encontrada en Tebas, y cuya época es de 1.500 años antes de

egipcia (1.400 años antes de J. C.), encontradas en el cuello de algunas momias, y que tenían por objeto que en el cementerio pudieran ser identificados los cadáveres: estas tabletas contienen las inscripciones de las vendas, los nombres de los muertos y su procedencia casi siempre. Las inscripciones están escritas en caracteres demóticos y griegos á la vez. Un trozo de venda, de una momia de mujer, encontrada

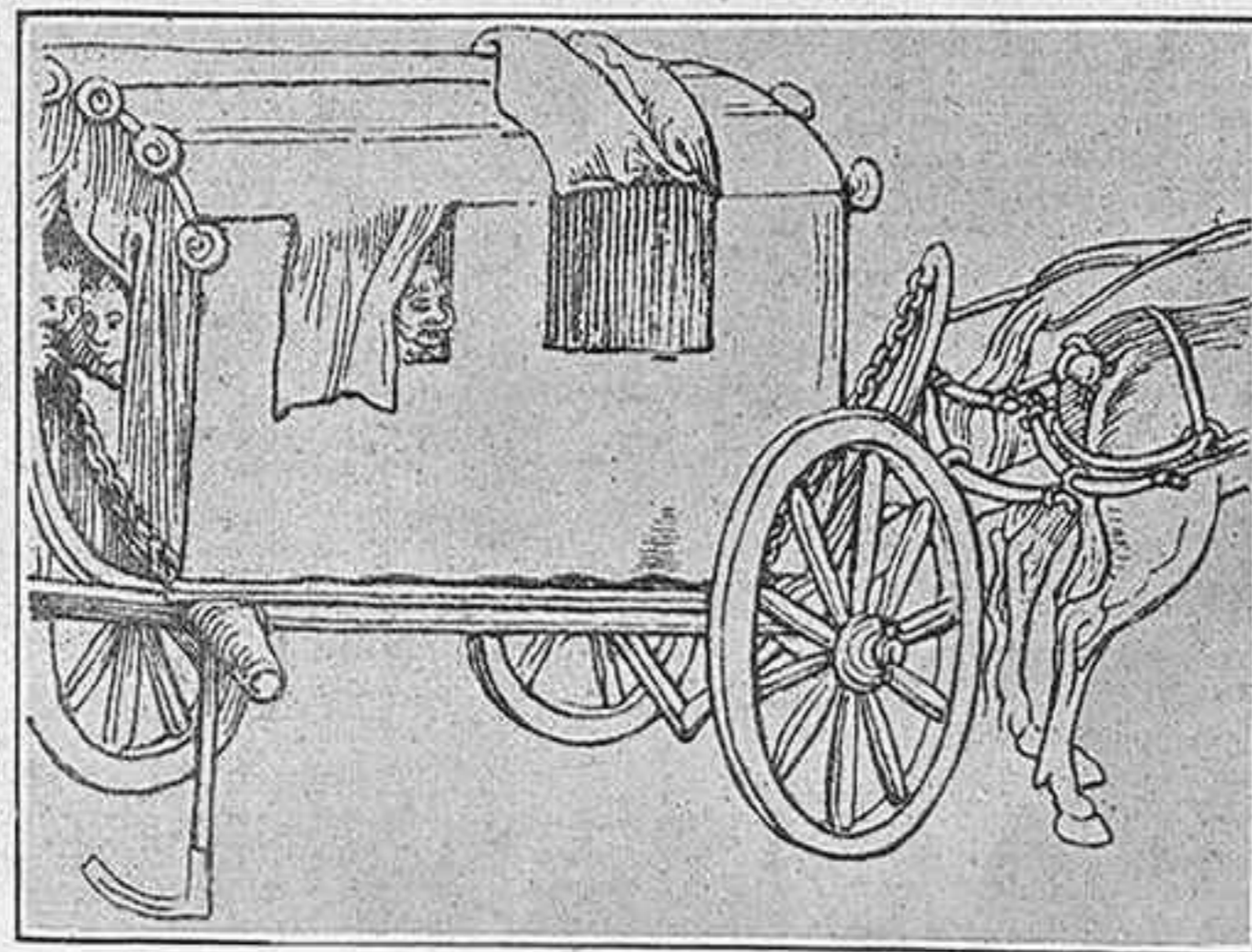


Reproducción en yeso de una lápida conmemorativa, que se conserva en el convento de monjas de María Saal, en Carinthia, y que representa una *rheda meritoria* ó *rheda cursualis*.

Reproducción en yeso de un fragmento de un papiro, con inscripción hierográfica, y el encabezamiento del *Libro de los muertos del nuevo reino*, que pertenecía al escribiente



Inscripción griega procedente del templo de Zeus en Olimpia, cuya traducción es: «Ofrenda votiva hecha á Júpiter Olímpico por Philonidas, hijo de Zoito, de Quersoneso, en Creta, correo de Alejandro, que ha recorrido todo el Asia á caballo.» (Reproducción en yeso del original existente en Atenas.)



Coche cubierto de fines del siglo XV.

en Achmin, en la cual, además del nombre de la muerta, en letra demótica, se lee una inscripción que traducida dice así: *Su alma vive ante Osiris Socario el gran Dios*. Trozos de vasijas de barro, con inscripciones demóticas, que servían á los egipcios para sus recibos y apuntaciones, con texto hierático, encontradas en Tebas. Tabletillas en barro cocido, con inscripciones asirias, entre ellas una que contiene una *carta* escrita 657 años antes de J. C. por un rey de Siria á un sujeto llamado *Sim-abla-utsur-ummanigas*, y otra que contiene una súplica de los habitantes de la villa de Darate. La inscripción griega de un pedestal encontrado en el templo de Zeus en Olimpia, que sostuvo la estatua de Philonidas, uno de los hemorodromos ó correos diarios de Alejandro el Grande. Traducida esta inscripción, dice: «Ofrenda votiva hecha á Júpiter Olímpico por Philonidas, hijo de Zoito, de Chersoneso, en Creta, correo de Alejandro, que ha recorrido todo el Asia á caballo.» El modelo de un *skytala* (επιστάλη) griego (cilindro carta) del que se servían los *Sphoros* lacedemonios para dirigir un despacho ó mensaje secreto á un funcionario público ó

Reproducción de un skytala griego

general ausente del país. Estos personajes, cuando se alejaban de España, llevaban siempre uno de estos cilindros, conservando los *Sphoros* otro igual. El uso de este aparato es en verdad curioso. Cuando uno de los ausentes tenía que dirigir un despacho á otro, arrollaba en espiral una tira larga de pergamino alrededor del cilindro y escribía allí un despacho transversalmente; enviaba el pergamino al destinatario, y éste, para descifrar su contenido, lo colocaba en su cilindro de igual forma.

En estas mismas salas existen también objetos muy notables del *Cursus publicus* ó correo de los romanos; entre ellos una conmemorativa que representa una *rheda cursualis*, coche de cuatro ruedas del que se servían en sus viajes, lo mismo los correos que los funcionarios públicos y los particulares autorizados al efecto. Un carro de dos caballos y cuatro ruedas llamado *benna*, de los que se empleaban en el transporte de viajeros y mercancías. Un bajo relieve, que representa un *Cisium*, coche ligero, parecido á un tálburi de nuestros tiempos, y en el que sólo podían viajar el conductor del carruaje y otra persona. Una piedra votiva con esta inscripción: *Jul. Paternus. Tavelarius*. El Tavelarius venía á ser el correo postal romano.

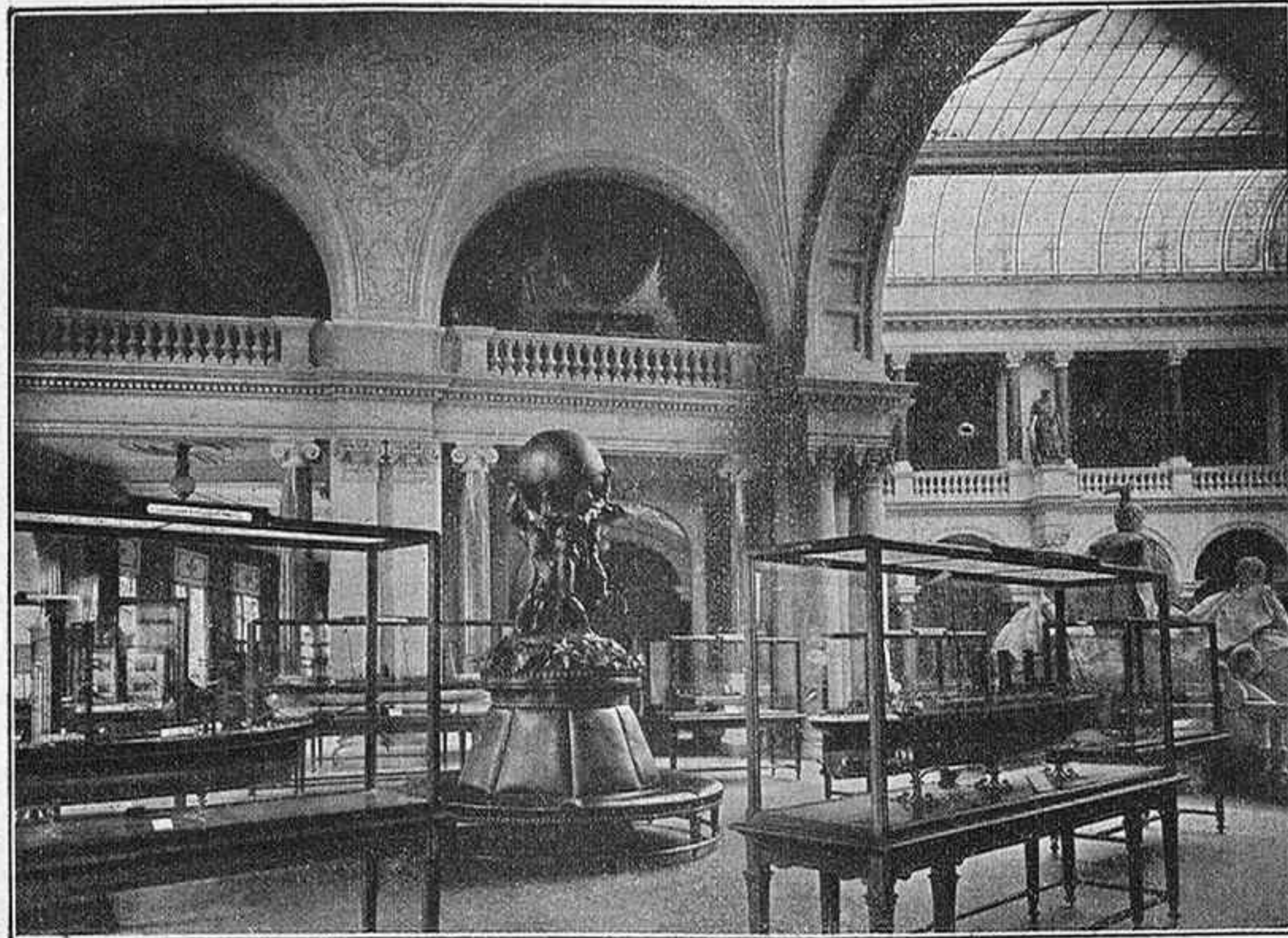
Además de los enumerados, se ven en estas salas otros muchos objetos pertenecientes á los correos romanos, á la República y al Imperio, que hacen formar idea clara y precisa de sus adelantos, y que demuestran cómo en aquella Roma, que civilizó al mundo, se concedió ya verdadera importancia á este servicio, que sintetiza la vida de relación de los pueblos.

A esta organización de las postas en la Edad Antigua, sigue en el Museo el estudio de la Edad Media, harto deficiente, en verdad, por lo que hace referencia al servicio de transportes. Si esta Edad de la Historia representa un retroceso, ó por lo menos un descanso, una parada en las conquistas de la inteligencia, no podía menos de reflejarse también en estos medios de la vida de relación.

Allí están reproducidas la pesada carreta alsaciana del siglo XII, el coche francés á *fourchette* del siglo XIII, el carro de Santa Odilia del siglo XIV y multitud de estampas y grabados representando viajes en coche durante el siglo XV y los tres anteriores, siendo muy notable y curiosa, por demostrar los incidentes y peligros de estos viajes, una lámina que nos presenta al papa Juan XXII en el momento de volcar el pesado vehículo que lo conducía, al atravesar la montaña de Alberg, cuando se dirigía el Pontífice al concilio de Constanza.

También se encuentra en la misma sala la reproducción de un sentido recuerdo consagrado á un humilde mártir de su deber. He aquí la historia. Corría el siglo XV, y la ciudad de Strasburgo quiso comunicar á Basilea una noticia cuyo inmediato conocimiento era de gran importancia para esta población, y confiaron el despacho á un mensajero, que desempeñó el encargo con tal diligencia, que al entregar el mensaje cayó muerto de fatiga. Este momento es el que representa la reproducción que en el Museo se exhibe, y cuyo original se encuentra en la casa comunal de Basilea.

Llegamos por fin á la Edad Moderna, y paso á paso se siguen las huellas del progreso y la transformación sucesiva y cada vez más rápida de los medios de transporte. El mensajero comienza á desaparecer y es substituído por las Postas del Estado. Multitud de grabados de los siglos XVI y XVII nos demuestran cómo se fueron desarrollando estas Postas, hasta que llegamos por último á la época en que vino á monopolizarlas la casa de los Tour y Taxis, que las extendió por toda Europa, comenzando por Alemania en el reinado de Federico III, siendo España objeto de su preferente atención



Vista de una de las salas del Museo Postal de Berlín

por haber otorgado Felipe el Hermoso, á principios del siglo XVI el privilegio de este servicio á uno de los hermanos Taxis, Simón, que vino con él de Alemania desempeñando el cargo de Correo mayor, y cuyos descendientes fueron los fundadores del condado de Villamediana.

En esta rápida cuanto instructiva excursión á través de las edades de la Historia, se han podido seguir paso á paso hasta ahora los progresos de

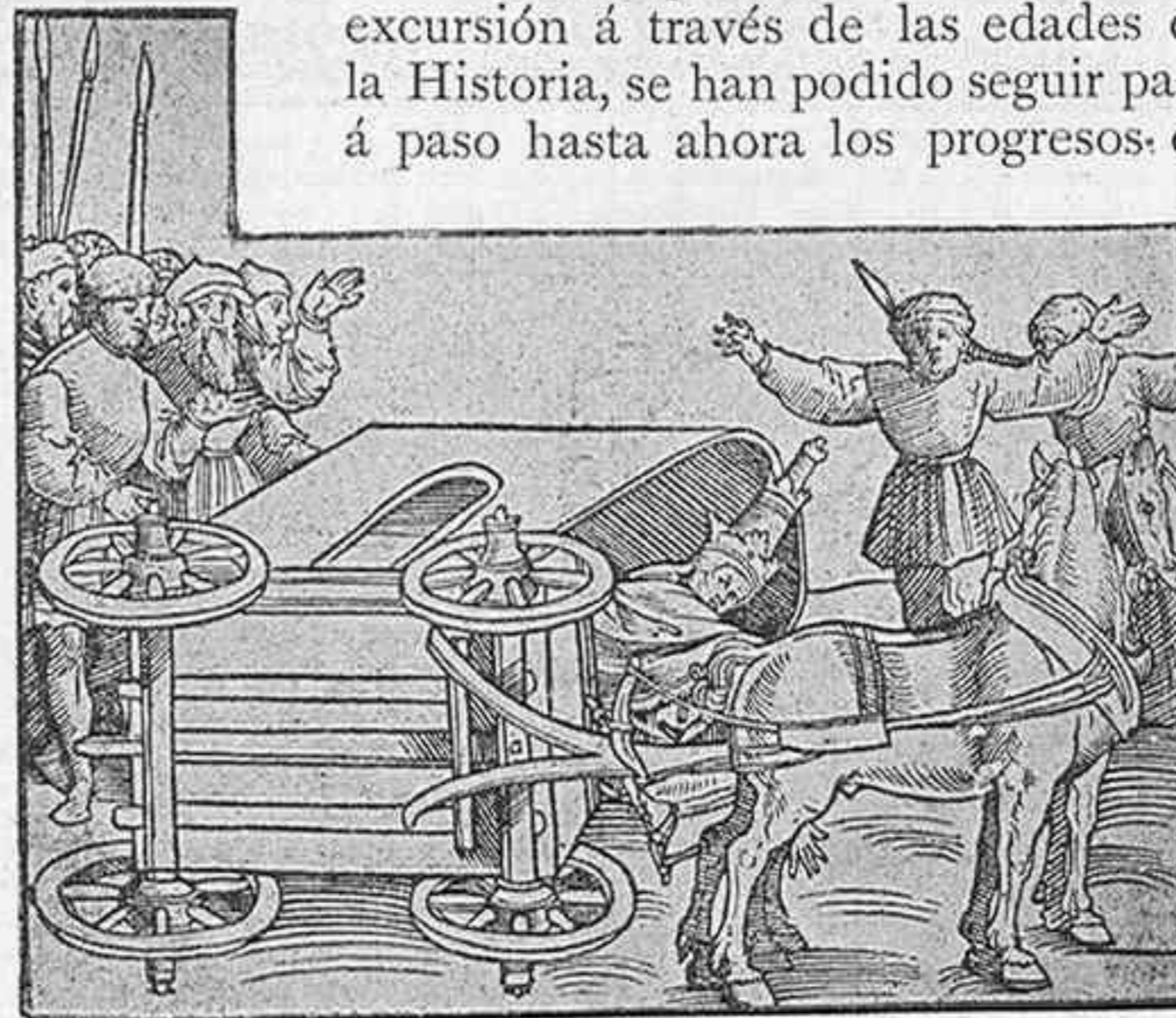


Lámina que representa el vuelco del coche que conducía al papa Juan XXII, cuando éste atravesaba la montaña de Alberg para dirigirse al concilio de Constanza.

la civilización; pero ya en adelante se presentan estos mismos progresos desenvolviéndose de una manera vertiginosa.



Casa de correos francesa del tiempo de Luis XV (1715-1774), reproducción de un antiguo grabado

Aquí encontramos una notabilísima colección de sellos postales de Alemania desde época remota hasta hoy, como también están coleccionados y expuestos los uniformes de carteros, postillones y funciona-

lones ocupados por vagones correos de todos los países civilizados, desde los primeros que se usaron hasta los últimos franceses, que miden 17 metros de largo y se alumbran con luz eléctrica. Vemos también modelos acabados de vapores correos, entre los que descuellan el *Elbe*, del Lloyd alemán, el *Augusta Victoria* y otros de diferentes empresas, reproducidos con tal lujo de detalles, que dejan comprender la suma de comodidades que ofrecen al viajero y la vertiginosa rapidez con que es transportada la correspondencia á través de los mares á los más lejanos países, acortando las distancias y multiplicando las relaciones de los pueblos, bello ideal de la civilización moderna.

Más adelante, y es también curiosa la exposición, se encuentran los modelos de buzones, sacas, marchamos, valijas, sellos y cuantos objetos accesorios usan las oficinas de la mayor parte de los países que forman la Unión Postal para su mejor funcionamiento y para llenar su misión civilizadora con la perfección posible. Pero además de este material moderno, fijo y móvil, presentan los distintos países grabados, fotografías y modelos en relieve de sus medios de transporte en anteriores épocas. Y llaman la atención el cartero con zancos de las Landas; el coche redondo de Dinamarca, coche que tiene la caja en forma de globo y servía para recoger la correspondencia de las aldeas en la época de las nieves; las canoas ó lanchas á remo ó á vela, con la proa en forma de cisne, usadas en Noruega para repartir la correspondencia entre los habitantes de la costa, embarcaciones de construcción especial para la navegación entre los arrecifes de sus innumerables golfos, y las diferentes clases de trineos usados en los países del Norte. Un curioso modelo en relieve nos da á conocer cómo transportan en Siberia la correspondencia los peatones correos: envuelta en sacos impermeables la cargan en sus espaldas, y apoyándose en un grueso bastón suben las ásperas montañas cubiertas de nieve acompañados por vigilantes. Completan esta exposición los numerosos modelos de los funcionarios postales y medios de transporte de la India inglesa y de la Indo-China; el correo en elefantes de Siam; los adelantos del Japón, que hoy compite y aun aventaja á algunos países europeos; el correo en camello de la Arabia y Abisinia, y tantos y tantos modelos de todos los países del mundo, que hacen formar idea de sus progresos, demostrándose aquí la verdad de que el correo nos revela el grado de cultura de cada uno.

España, en este universal concierto, sólo presenta algunos grabados y fotografías donados por particulares, y que representan los viajes de las antiguas diligencias, la carroza regalada por Napoleón I á Carlos IV, la carroza de concha de Fernando VII y la mayoría de los antiguos coches que todavía se conservan en las



DESDÉMONA, cuadro de Juana Romani. (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. 1903.)



ALEGORIA DEL CARNAVAL, dibujo de Carlos Vázquez

Caballerizas Reales. Y nada de material moderno. No podía faltar como complemento de estas varias instalaciones una riquísima colección de sellos de franqueo de todos los países, que contemplan con admiración y entusiasmo los filatelistas, y otra colección de bustos que representan algunos príncipes de la Casa de Taxis y á elevados funcionarios de Correos de Alemania y otras naciones.

También es digna de estudio la Biblioteca y Archivo del Museo, donde se conservan preciados libros y manuscritos referentes á Correos, antiguos y modernos.

Por último, en el piso alto se encuentran las instalaciones de Telégrafos, sorprendentes por su riqueza. No falta aquí ni un detalle, y puede seguirse la historia de las transmisiones telegráficas, desde el primer aparato que se usó, hasta los más perfeccionados de nuestros días.

Tal es, en rápido bosquejo, el Museo Postal de Berlín, que en síntesis, á la vez que grandiosa pintoresca, nos da trazada la historia de la vida de relación de la humanidad.

EDUARDO VERDEGAY.

NUESTROS GRABADOS

Baile de máscaras, dibujo de A. Mas y Fondevila.—Tantas veces hemos tenido ocasión de encomiar el talento de nuestro asiduo y querido colaborador Sr. Mas y Fondevila, que nos parece ocioso repetir los elogios que con motivo de la reproducción de sus obras le hemos dedicado. Se trata además de un artista cuya fama es bien conocida, y á quien con justicia se considera aquí y fuera de aquí como uno de nuestros primeros pintores y sobre todo como uno de nuestros mejores dibujantes: dotado de un profundo espíritu de observación, asimilase fácilmente los más variados asuntos; y el dominio absoluto que tiene de la técnica le permite cultivar con igual maestría los más diversos géneros. *Baile de Máscaras* es una nota que se aparta de lo que generalmente hace Mas y Fondevila; y sin embargo, en ella encontramos las mismas notables cualidades que siempre hemos admirado en sus trabajos, y entre las cuales descuellan la exacta expresión de la verdad fielmente observada, la elegancia de la composición y la soltura y solidez del dibujo.

Colocación de la primera piedra del monumento al Dr. Robert.—Solemnísima fué la ceremonia celebrada el día 31 de enero último para la colocación de la primera piedra del monumento que con fondos recaudados por suscripción pública ha de erigirse al inolvidable Dr. Robert. Una multitud inmensa llenaba la gran plaza de la Universidad, en donde aquélla se verificaba; y los balcones, engalanados con colgaduras, y las azoteas que dan á la plaza, hallábanse también atestados de espectadores, deseosos de contribuir con su presencia al tributo de admiración y agradecimiento al sabio eminente, al ilustre filántropo, al insigne patriota. En la tribuna oficial, adornada con escudos, banderas, gallardetes y estandartes de varias sociedades, estaban, además de la Junta del monumento, Su Emma. Rdm. el Cardenal Casañas, obispo de esta diócesis, el Gobernador Civil, los presidentes de la Audiencia y de la Diputación provincial, el Alcalde acompañado de una nutrida comisión del Ayuntamiento, representaciones de las facultades de Ciencias, Derecho, Filosofía y Letras, Farmacia y Medicina, de la Cámara de Comercio, del Fomento del Trabajo Nacional, del Instituto Catalán de San Isidro, del Ateneo Barcelonés, de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Asociación de Arquitectos, de la Real Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas, del cuerpo médico del Hospital de la Santa Cruz, del de la Beneficencia Municipal, de la Liga de Defensa Industrial, del Colegio de Médicos, del Colegio de Abogados, de multitud de asociaciones regionalistas; en una palabra, de las más importantes entidades científicas, artísticas, literarias y económicas de Barcelona y de toda Cataluña. Después de leída por el Secretario de la Junta del monumento señor Marqués de Alfarrás el acta que después de suscrita por las autoridades y otras personas fué colocada en el hueco de la primera piedra, previamente bendecida por el cardenal, el presidente de aquélla D. Alberto Rusiñol pronunció un corto y elocuente discurso de tonos patrióticos, ensalzando la memoria del Dr. Robert y explicando la significación y trascendencia del acto que se estaba celebrando. El discurso del Sr. Rusiñol fué interrumpido varias veces por grandes salvas de aplausos que se reprodujeron más vivas al final, acompañadas de entusiastas aclamaciones. Después bajóse la piedra al sitio que definitivamente ha de ocupar, y el Sr. Rusiñol dió en breves y sentidas frases las gracias á las autoridades y demás personas que habían asistido al acto, el cual terminó repitiéndose las aclamaciones y los aplausos con que el pueblo de Barcelona celebraba la inauguración de las obras del monumento que ha de perpetuar la memoria de uno de sus más preclaros conciudadanos.

Roberto Comtesse.—El actual presidente de la Confederación Helvética nació en 14 de agosto de 1847 en Cernier (cantón de Neuchatel), y después de haber hecho sus primeros estudios en su patria, completó sus estudios jurídicos en las universidades de Heidelberg y de París. En 1874 fué nombrado juez de instrucción, dedicándose desde entonces á la política y siendo elegido miembro del Gran Consejo Cantonal. En 1877 entró á formar parte del gobierno del cantón de Neuchatel como jefe del departamento del Interior y de Agricultura; en 1883 fué elegido para el Consejo Nacional, cuyo presidente fué en 1894-95. Dotado de un temperamento activo y de grandes conocimientos, intervino en todas las discusiones de los asuntos más importantes, especialmente en el de la ley de Seguros. En 1899 la Asamblea Federal eligióle para el Consejo Federal, en el que desempeñó la cartera de Justicia y Policía, y en la elección verificada en 17 de diciembre último fué elevado á la suprema magistratura por 165 votos entre 178 votantes: el día anterior, en la sección del Consejo Nacional, declaró solemnemente que en la cuestión del tratado celebrado con Italia sobre el túnel del Simplón, el Consejo Federal había estado siempre

unánime y que no merecía los ataques apasionados que se le dirigían, demostrando con documentos que el Consejo no se había mostrado débil y que habría sido imposible lograr condiciones mejores que las que se habían conseguido. Comtesse y el entonces presidente Deucher se pusieron resueltamente enfrente de las reuniones que contra el tratado protestaban, y éste fué aprobado por el Consejo Nacional. Esta actitud enérgica contra la democracia socialista internacional cosmopolita ha sido muy aplaudida por el pueblo suizo.



ROBERTO COMTESSE,
Presidente de la Confederación Helvética para el año 1904

Gran festival celebrado en el teatro del Liceo.—La Junta del teatro del Liceo, que tantos plácemes ha merecido por las reformas recientemente introducidas en el mismo, ha tenido el buen acierto de disponer una fiesta digna bajo todos conceptos del aplauso de cuantos por el esplendor de nuestro coliseo se interesan. El festival por ella organizado y á cuyo buen éxito han contribuido los círculos más aristocráticos de Barcelona, ha recordado por su esplendidez y por su originalidad las fiestas más suntuosas del mismo género en nuestra capital celebradas. El escenario y la platea del Liceo ofrecían magnífico aspecto: figuraba aquél un frondoso jardín, cubierto de parterres, con una gran cascada natural á un lado y á otro una amplia escalinata rematada por un templete griego en el que se veía el busto de Wagner; la platea estaba adornada con infinidad de guirnalda de flores naturales que decoraban también las líneas de los palcos y pendían de los aparatos de luz. La profusa iluminación de la sala realizaba el efecto de la decoración. Ocupaban los palcos y las butacas del anfiteatro las familias más distinguidas de nuestra ciudad, y circulaba por el salón una multitud no menos escogida, pudiendo decirse sin exageración que se dió cita aquella noche en el teatro lo que, tomándolo del conocido modismo parisiense, podemos llamar el *todo Barcelona*, luciendo las señoras riquísimos y elegantes trajes y preciosas joyas, y vistiendo todos los caballeros de rigurosa etiqueta. Los espectáculos que constituían el programa del festival fueron muy del agrado de la concurrencia: el original *Cake-Walk* y el elegante *Tourbillon*, bailados por parejas expresamente venidas de París; la típica sardana, que bailaron sardanistas ampurdaneses á los acordes de la famosa copla de La Bisbal; el minué, ejecutado por un numeroso cuerpo de baile; y la cabalgata alegórica de todas las principales óperas que en el Liceo se han ejecutado desde su reconstrucción en 1862, merecieron los aplausos de la concurrencia. Pero lo que constituyó el *clou* del festival fué la batalla de flores, serpentinas y *confetti*, que se dispararon con verdadera profusión, resultando un espectáculo hermosísimo.

La fiesta ha tenido un éxito completo y de ella se conservará en Barcelona durante mucho tiempo grato recuerdo. Satisfechos pueden estar sus organizadores, quienes se han hecho acreedores del aplauso del público, no sólo por el buen gusto de que han dado pruebas con el festival, sino además por sus provechosas iniciativas para realzar nuestro primer teatro lírico.

Desdémona, cuadro de Juana Romaní.—Desde que se dió á conocer en el Salón de París de 1888, cuando sólo contaba diez y siete años, esta notable pintora se ha ido creando de tal manera, que hoy su nombre se cita entre los de los más notables artistas que en París residen. Sus figuras de mujer, pues casi exclusivamente á este género se dedica, tienen un vigor y una vida extraordinarios; las carnes son de hermosa transparencia y bajo ellas se adivina la sangre que circula; los ojos miran de verdad, y de verdad respiran las bocas. Y en cuanto á la factura, admiranse en sus obras una corrección de dibujo, una seguridad y al mismo tiempo una delicadeza de pinceladas, que sólo los grandes maestros poseen. Véase en demostración de lo que decimos el hermoso cuadro *Desdémona* que reproducimos y en el cual aparecen evidentes las notables cualidades que dejamos indicadas.

Alegoría del Carnaval, dibujo de Carlos Vázquez.—Pocos temas pueden ofrecerse al artista tan agotados como los que con el Carnaval se relacionan, pues en todas formas han explotado dibujantes, pintores y escultores las fiestas carnavalescas que la diosa Locura preside. De aquí, mayores dificultades para quien quiere una vez más tratar este asunto; pero de aquí también mayores méritos para el que logra dar con una nota que se salga más ó menos del camino trillado. Y esta nota la ha encontrado el notable dibujante Carlos Vázquez, cuyo talento han tenido ocasiones frecuentes de admirar los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: la figura que simbolizando el Carnaval nos presenta, no aparece en salón espléndidamente dispuesto, rodeada de máscaras que le rinden vasallaje, en una

atmósfera caldeada por el calor de las luces y el vaho de la multitud, es decir, en un medio que por sí solo incita á la diversión, á la alegría, al bullicio; sino sola y en un paisaje nevado y triste, y á pesar de ello empuñando con una mano los emblemas de las Carnestolendas y con la otra la copa de espumoso champañá, insensible á las inclemencias del cielo, dominada enteramente por gratas sensaciones, como indicando que contra su reinado, aun siendo tan efímero, nada pueden las mayores contrariedades, que su imperio hace olvidar las más graves preocupaciones, que el placer que brinda á sus vasallos tiene el poder mágico de infundir en ellos una nueva vida, haciéndolos insensibles al dolor y al sufrimiento.

Una boda en Valencia á principios del siglo XIX, cuadro de V. G. de Paredes.—Varios son los cuadros de este mismo autor que hemos reproducido en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todos ellos hemos podido admirar el talento con que hace revivir ante nuestros ojos los tipos y las costumbres de tiempos pasados, que si no fueron mejores que los actuales bajo muchos conceptos, diga lo que quiera el poeta, fueron infinitamente más pintorescos. Esta circunstancia explica la predilección que por los asuntos de esta índole sienten muchos artistas; y ciertamente merecen por ello aplausos cuando los tratan de un modo tan concienzudo como el pintor español Vicente G. de Paredes, de quien puede decirse que parece dotado del mágico poder de hacer resurgir ante nuestros ojos escenas por nosotros no presenciadas, y á las que la imaginación del artista, completada por el estudio, sabe prestar todo el vigor de la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MILÁN. —Un marsellés, Casimiro Sipriot, ha dejado en testamento al Museo Brera de Milán su importante galería de cuadros, en la que están muy bien representadas, entre otras, las escuelas umbría, lombarda y piemontesa, figurando en ella hermosas obras de Gaudencio Ferrari, Nicolás de Cremona, Bernardino Luini, Borgognone, Benozzo Cozzoli, J. Bassano y sobre todo Lucas Signorelli.

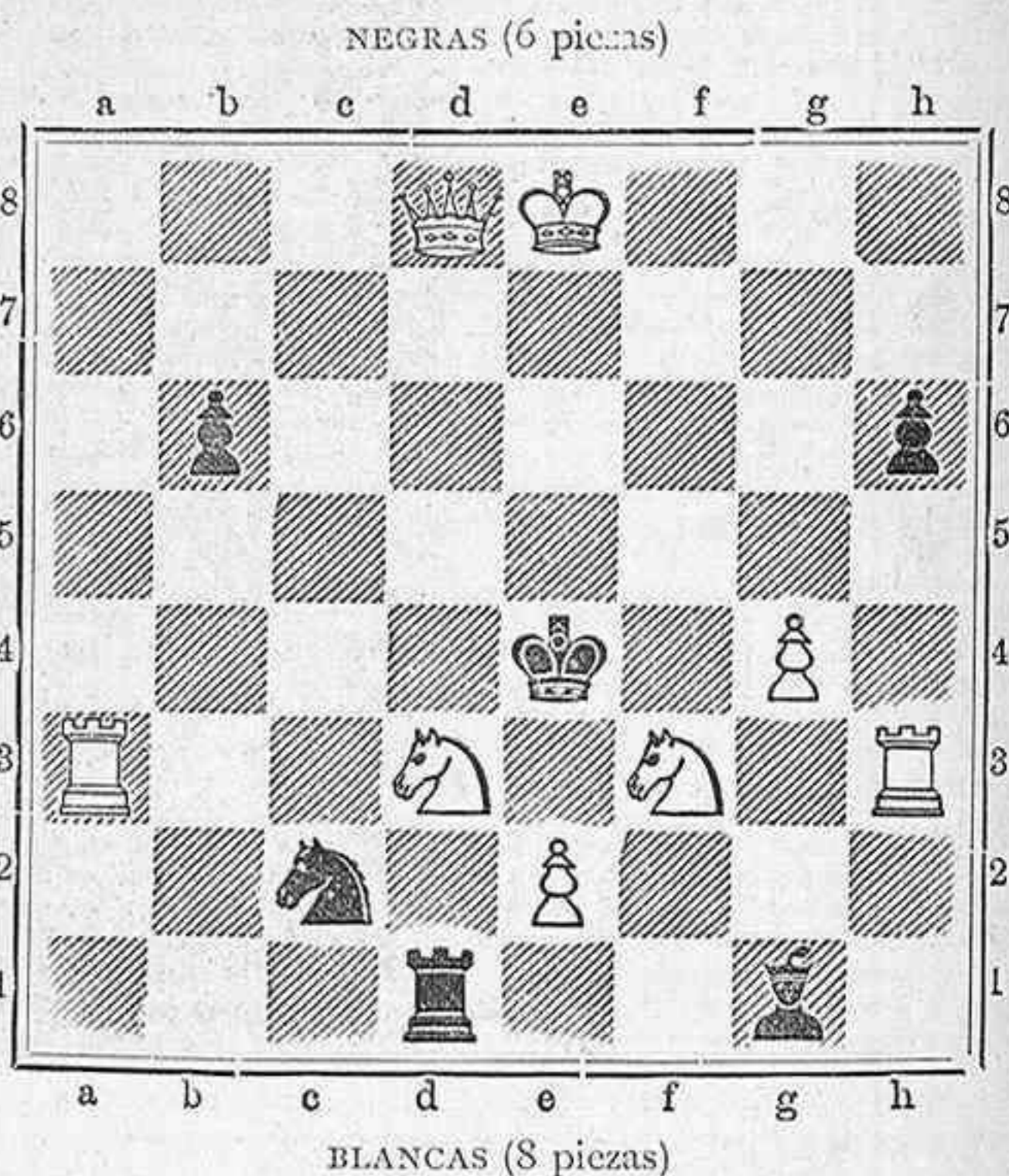
LOUVRE.—El barón Arturo Rothschild, recientemente fallecido en Monte Carlo, ha legado su galería de cuadros al Museo del Louvre de París; hay en ella gran número de obras de la escuela holandesa, especialmente algunos de los mejores lienzos de Greuze. También le ha legado su colección de sortijas antiguas.

Teatros.—París. —Se han estrenado con buen éxito: en el Nouveau Theatre *Les petits pieds*, comedia en un acto de Enrique de Saussines, y *Le message*, comedia en tres actos de Eduardo Flog.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El flechazo*, entremés de los hermanos Quintero; en Romea *Lo dinar de boda*, sainete en un acto de D. Jacinto Capella y D. Santiago Boy; y en el Teatre Intim la bellísima comedia en cinco actos de Haupmann *Els teixidors de Silesia*, traducción de los Sres. Jordá y Costa, para la cual han pintado hermosas decoraciones los reputados escenógrafos O. Junyent y N. Brunet y que ha sido muy bien puesta en escena bajo la dirección del Sr. Gual. En Novedades ha dado un notable concierto el «Orfeo Catalá», el cual cantó con su acostumbrada maestría, bajo la dirección del Sr. Millet, composiciones de Victoria, Brudieu, Clavé, García Robles, Nicolau, Millet, Pujol y Gilbert, habiendo obtenido en todas ellas entusiastas aplausos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 352, POR W. LUBCKE.



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 351, POR J. DOBRUSKY.

- | | |
|-----------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc8-c6 | 1. Th5-b5 |
| 2. Ce4-f2 jaque | 2. Rd3-d4 |
| 3. Dc6-e4 jaque | 3. Rd4-c5 |
| 4. Cf2-d3 mate. | |

VARIANTES.

- 1.... Th5-f5; 2. Cc4-b2jaq., Rd3-d4; 3. Dc6-c4 jaq., etc.
 1.... Th5-a5; 2. Ce4x a5, Rd3-d4; 3. Ca5-c4, etc.
 1.... Th5-g5; 2. Ce4x g5, Rd3-d4; 3. Cg5-e4, etc.
 1.... Th5-c5; 2. Dc6x e5, Rd3x e4; 3. Rd1-e2, etc.
 1.... Th5-e5; 2. Cc4-b2jaq., Rd3-d4; 3. Dc6-c4 mate.
 1.... Rd3-d4; 2. Ce4-c3, Th5-e5; 3. Rd1-e2, etc.
 2..... Th5-g5; 3. Ce3-e2 jaq., etc.
 2..... Th5-b5; 3. Cc3x b5jaq., etc.

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El médico y Colette salieron del salón, y aquél suplicó á la joven que fuese á prevenir á su madre mientras él ayudaba á los enfermeros. Colette comprendió que, en efecto, ese era su deber.

Unos minutos después, entre las dos mujeres espléndidamente ataviadas y en medio de un gran desorden de muebles blancos y dorados, se colocaba en el salón, en unas angarillas, el cuerpo de Allire, que á las cinco de la tarde, en su despacho y por razones que nadie conocía, se había disparado dos tiros de revólver en la región del corazón.

A las doce de la noche murió sin haber recobrado la palabra. Se pudo creer, sin embargo, que por unos instantes había tenido todo su conocimiento, pues miró largo rato á su hija. Nunca olvidó Colette la horrible angustia pintada en aquellos ojos.

La de Allire, caída en un sillón, no tenía fuerza más que para lanzar gemidos entrecortados. Y fué Colette la que, sobreponiéndose á su dolor, tuvo que ocuparse en los penosos preparativos de las ceremonias fúnebres.

Al día siguiente, todo París supo con estupor que Allire, enredado hacia mucho tiempo en especulaciones desgraciadas y en vísperas de una quiebra ruidosa, había preferido el suicidio al combate y no dejaba al morir más que una maraña inextricable de negocios y de deudas, que sólo había podido ir sosteniendo y renovando gracias á su lujo y á su reputación de acróbata de la especulación.

Y todavía no se había enterrado al muerto, cuando todos los acreedores, como bandada de aves de rapiña, cayeron sobre el hotel, en el que las dos mujeres, apenas conscientes del desastre, estaban llorando, la una con ruidosos sollozos, la otra con silenciosas lágrimas.

V

DOS CARTAS

Era noviembre, pero adornado todavía con una luz brillante y envuelto en una dulce atmósfera; otoño de mujer hermosa cuya coquetería no quiere morir y que conserva todos los reflejos de su belleza deslumbradora y un encanto que no morirá sino con ella.

La señora de Donald prolongaba su paseo por el parque Monceau. La arquitectura aérea de los árboles se destacaba sobre la palidez del cielo. Sin las ramas despojadas y sin el dorado ramillete de otras que agitaban sus ligeros penachos, se hubiera creído

estar en primavera ó en un estío naciente, más bien que en la entrada del invierno. El crepúsculo, ya próximo, no se anunciaba más que por una caricia de sombra violada, tenue gasa que flotaba en el ho-

sencia en la capital. Además, Remigio no tardaría, acaso, en volver, y era necesario que lo encontrase todo dispuesto y bien arreglado para ponerse á trabajar con la colaboración utilísima de su madre.

A Valentina le entusiasmaba la idea de esa colaboración. Era la consejera discreta y segura, la secretaria infatigable y la primera oyente de sus ensayos. Entre aquellas dos grandes ternuras, su marido y su hijo; entre la ciencia del uno y la imaginación del otro, Valentina vivía una doble vida, realizada por el amor y por la inteligencia hasta más allá de la existencia material, que ella arreglaba y ordenaba también para hacerla más cómoda y agradable. De este modo, mientras paseaba, se puso á pensar en mil pequeños detalles de mueblaje para el estudio de Remigio. Por una feliz casualidad, habían podido alquilar un local en la casa contigua á la en que vivían hacía muchos años, en la avenida de Villiers. Y como las dos casas eran del mismo dueño y comunicaban por el jardín, se pensó en instalar por completo á Remigio en su estudio, pues á pesar de su profunda unión y puede ser que á causa de ella, el doctor creía necesario y bueno que su hijo gozase de una independencia completa, y Valentina era del mismo parecer. De aquel modo, Remigio seguiría estando á su lado, sin dejar de tener su casa. El joven no sabía aún ese proyecto y Valentina sonreía al pensar en su gozo cuando se lo dijeran.

Cuando entró en su casa, el portero le entregó una carta de Remigio precisamente. Subió de prisa, y como no estaba su marido, quiso leer sin tardanza la querida misiva. En cuanto la abrió se quedó extrañada por el lugar en que estaba escrita. ¡Turín! ¡Tan cerca ya, cuando se le creía en el Sur de Italia todavía por mu-

chos días!.. Las últimas cartas rebotaban de entusiasmo, ésta empezaba en un tono más tranquilo:

«Querida mamá: te escribo hoy, no á ti sola, pero sí en particular. Que papá no me guarde rencor, pues no sé explicarme, pero me parece que me encuentro como cuando era pequeño, un poco débil y un poco miedoso...»

Valentina dió un suspiro y sonrió dulcemente. Recordaba que Remigio no le manifestaba de pequeño una confianza tan tierna y exclusiva. Sabía que la memoria del corazón tiene sus espejismos como la otra, y un ser de imaginación tan viva como Remigio podía no recordar haber tenido respecto de ella otros sentimientos que los actuales. ¿Qué importaba, pues-



Yo tampoco oía sus palabras; pero de repente les vi cogerse las manos

rizonte de los paseos. El aire estaba inmóvil y tibio.

Valentina suspiró, porque echaba de menos el campo, donde acababa de pasar con Juan cuatro meses, después de un viaje á la frontera de España, necesario para que Donald hiciese en país vascongado ciertas investigaciones destinadas á una obra que tenía en estudio. La ausencia de Remigio había hecho un poco melancólica la calma de aquel delicioso verano. ¡Pero habían recibido de él cartas tan vividas y tan felices!

Valentina había sentido volverse á París, pero no había querido darlo á entender, porque Juan hubiera asegurado en seguida que no era indispensable volver todavía y ella sabía que era urgente su pre-

to que era sincero?.. Valentina continuó su lectura.

«¿Miedoso de qué? ¡Mi vida es tan feliz! ¿Por qué débil? Me siento robusto y en buena salud. Y, sin embargo, es así. Empezó a sucederme esto un poco después de haberos escrito mi última carta. Estaba en Pisa, la ciudad rojiza y dormida, que tiene sus tres bellezas de mármol, de recuerdos tan vivientes, en una plaza casi estrecha, en la que una hierba corta y abrasada enmohece las desiguales piedras del suelo. Al sentirme un día cierta especie de cansancio moral parecido a la melancolía, pensé que Pisa era una población triste, y la fantasía de cambiar de aire y de alma me condujo a una aldea antigua y silvestre, cuyo nombre, leído recientemente en un libro, me daba vueltas en la memoria: Volterra...

«¡Y qué digna es de su nombre mi pequeña aldea etrusca! Pero después de haberos aburrido con tantas descripciones de guía, no quiero hacerlos esta. La he encontrado bella y helada: bella porque está impregnada de historia y de arte; helada porque está hundida como una espada en el costado de la montaña y sopla en ella un viento rabioso. Y a pesar de eso, el cielo estaba azul, muy azul. No se puede dar una idea de ese color azul duro, un azul de añil y sin embargo diáfano y fluido. Ante aquel cielo pensé ante todo con desesperación que jamás se llegará a pintarlo igual. Después miré al suelo, por el cual, con ese aire armonioso propio de esta Italia a la que no sé si odiar ó querer, de tal modo me saca de quicio, iban unas mujeres con un receptáculo de barro lleno de ascuas, llamado *scaldino*, en el que se calentaban las manos con un ademán arrecido y acariciador.

«Pasaron, y una de ellas, que se había quedado rezagada, se apoyó en el brocal de un pozo, en la esquina de una calle. Era morena, alta y esbelta. A poco, un joven se reunió con ella y la italiana se puso a mirarle con expresión distraída y apasionada, como si, no pensando más que en él, no oyese lo que le decía.

«Yo tampoco oía sus palabras; pero de repente les vi cogerse las manos, sin hablar y con tal viveza, que el *scaldino* se cayó al suelo, se rompió en mil pedazos y derramó las rojas ascuas a los pies de los enamorados, que apenas parecieron darse cuenta de ello.

«Entonces me sentí poseído de una tristeza extraña y profunda, que parecía una enfermedad. ¿Qué quería? ¿Qué deseaba? Desde luego creo que hubiera querido pintar aquella escena ó escribirla con tales trazos y tales palabras, que los demás, la multitud, los que no la habían visto, sintieran la misma impresión ardiente y dolorosa que yo. Pero no, en el fondo no era eso. En cuanto volví a mi cuarto reflexioné, y estoy reflexionando desde aquel día, en aquella singular dominación del arte que se apoderó de mí por entero hace unos años; en la ambición, en la sed de gloria, en la fiebre del trabajo, que me encantaban. Y de repente, como si se hubiera roto un velo, he sentido que todo eso no existía ya para mí como en otro tiempo... ¡En otro tiempo! Hace apenas unos meses... ¿qué digo?... unos días...

«Desde entonces soy presa de este cansancio, de esta debilidad, de este temor. Y de prisa y corriendo he dejado mi linda ciudad, donde me parece haber perdido aquella alegre y ligera paz que tan agradable me hacía la vida. Me he venido hacia la frontera, hacia Francia, con el deseo de acercarme a París y a vosotros. ¿Y quieres que te diga una cosa? Me parece que se ha apoderado de mí una especie de nostalgia. Tengo un deseo atroz, en cuanto he cerrado esta carta, de cerrar también el baúl y meterme en un vagón para llegar a casa en el primer tren...

«Recibid los dos un abrazo muy apretado.

»REMIGIO.»

Al leer estas últimas líneas, Valentina, que conocía a su hijo, exclamó:

—¡Mañana está aquí!

—¿Quién? ¿Remigio?, preguntó el doctor al entrar.

—Sí, toma, lee...

Mientras Juan leía, Valentina no podía estarse quieta, como si el querido viajero fuese a entrar de un momento a otro.

—¡Qué suyo es todo esto!, dijo Donald en cuanto leyó la carta.

Y miró a su mujer con tierna sonrisa, dirigida tanto a ella como al ausente.

Valentina sonrió también y declaró su impaciencia por verle de vuelta.

—Un ser como ese, dijo, no puede estar mucho tiempo solo. Le falta este calor, esta ternura...

—¡Le falta el amor!, dijo Juan.

Valentina se quedó silenciosa y grave. Recordaba su propio acceso de desesperación del día en que conoció a Juan, cuando, al volver a su casa, sintió

todo el horror de la soledad y el temor angustioso de que nunca cesase.

Ciertamente, la existencia mimada de Remigio no se parecía a la suya de aquel tiempo. Pero era el mismo sentimiento el que se había apoderado de él en tierra extranjera, en una de esas horas críticas en que se orienta el corazón. Ante la más vulgar imagen de eterna humanidad, el joven había sentido de repente una conciencia más amplia de las fuerzas misteriosas que impulsan a los seres a aproximarse.

Valentina era feliz al verle confiarse a ella con aquella ingenuidad casi infantil. Remigio, su Remigio, era en efecto un niño, como lo son todos los artistas de imaginación viva y devoradora.

En el momento de sentarse a la mesa, dijo el doctor:

—Toma, aquí tienes una carta para ti, que me acaban de dar al entrar.

Y entregó a Valentina un sobre pesado, con dos sellos y una ancha franja de luto. En cuanto la señora de Donald vió la firma, exclamó:

—¡Ah! Es de la pobre Colette Allire...

Valentina había sabido como todo el mundo la doble catástrofe: la muerte y la ruina. Pero estando ausente de París en aquel momento, había recibido la noticia con retraso por los periódicos.

Escribió en seguida a la joven, pero no tuvo respuesta. Al volver a París, supo que aquellas señoras estaban en provincias. Pero ¿dónde? No se sabía y solamente se hacían suposiciones. Valentina había pensado muchas veces en aquella niña a la que tanto quería y que había sido tan brutalmente herida por la desgracia. ¿Cómo vivía? ¿Qué era de ella? Aquella larga carta debía contener la respuesta a todas esas preguntas. Valentina, en efecto, leyó inmediatamente:

«Querida señora y amiga mía:

«Déjeme usted llamarla así, ¿quiere usted?, ya que en otro tiempo me llamaba su pequeña Colette. ¡Me parece tan bueno pensar que hay en el mundo una persona a la que puedo llamar amiga sin mentir ni ser desmentida! ¡Ah! ¡Cómo se ha encargado la vida de probarme claramente todo lo que yo había presentado sin poder expresarlo! ¡Si usted supiera!.. Pero ya conoce usted los acontecimientos. No los contaré, pues, aunque con usted, con usted sola, siento que podría hablar de ellos sin esta amargura horrible que se ha mezclado con todas nuestras desgracias y que me ha envenenado el corazón en los primeros tiempos, cuando tuve que conocer a aquellos con quienes creía poder contar. Le escribo a usted todo esto casi secamente y sin lágrimas. He llorado tanto, que creo que ya no puedo llorar más. Solamente podría si sintiera su mano de usted sobre mi frente, si oyera que usted me hablaba con dulzura, como en aquel tiempo en que vivía a su lado... Ya lo recuerda usted; no siempre estaba yo contenta con la vida que hacía; no siempre era feliz en mi casa, donde, sin embargo, era mimada por mi pobre padre, donde todo el mundo estaba amable conmigo, de tal modo que yo me creía querida y trataba sinceramente de querer a mi vez...

«¡Ay! No ha bastado la muerte horrorosa de mi padre y el trastorno de nuestra existencia; era preciso que me aniquilase la desdicha de dudar de todo el mundo de la noche a la mañana, porque todo el mundo ha hecho el vacío alrededor de nosotras y de nuestro desastre.

«Pero ¿a qué volver a hablar de esto? Se trata de una realidad definitiva, pero ya pasada, y me he jurado ser fuerte y valiente porque me he acordado de usted.

«Cuando somos pequeños no comprendemos muchas cosas que se van después aclarando. ¿No estaba usted sola también cuando vino a mi lado siendo yo niña? Y era usted tan amable, tan alegre, tan buena... Todo el mundo la quería a usted tanto... Ahora comprendo que si nadie me amaba verdaderamente era porque yo vivía mal, y quiero que ahora sea de otro modo. Ha habido personas, sin embargo, que me han dicho frases de simpatía; pero, no sé por qué, tenía la impresión de que les costaba trabajo. Ha habido, en fin, mi tía Rosa, en cuya casa estoy en este momento, que se ha mostrado sinceramente cariñosa conmigo.

«Pero la pobre señora, a la que quiero mucho, no pierde ocasión de decir: «¡Ah! ¡Si mi pobre cuñado me hubiese hecho caso! Mi pobre cuñado era un loco; siempre le había dicho que todo aquello acabaría mal...»

«Se que papá había sido siempre autoritario con ella y que mi tía le guardaba rencor por haberse vuelto a casar, pero ya comprende usted por qué... ¡Dios mío! Aquellas horas de pesadilla no pueden borrarse de mi mente. ¡Qué daño me hace el oír hablar así a mi tía! Un día se lo dije y se quedó muy admirada. «No puedo, sin embargo, me respondió,

decir lo contrario delante de ti, que eres la primera víctima y que estás arruinada y deshonrada a causa de ese...» Y mi tía volvió a empezar.

«Así he pasado seis meses largos, interminables, pero ahora me voy tranquilizando un poco. Es verdad que estoy arruinada. Se ha vendido todo lo que nos pertenecía y la liquidación no podrá terminarse hasta que se haya vendido también el hotel.

«No puedo explicar a usted todos estos asuntos que he tratado de comprender lo mejor posible; ello es que, por consecuencia de ciertos arreglos, debe correspondernos una pequeña suma, de la cual he cedido ya la mayor parte a mi madrastra. La pobre ha caído seriamente enferma después de nuestras desgracias y ha envejecido de repente de un modo horrible y que me da lástima. Actualmente está en la Turina, en casa de unos parientes suyos.

«Yo, querida amiga mía, lo que quisiera hacer es trabajar, dar lecciones de música y de dibujo, que es lo que sé mejor. Temo que aquí no haya grandes recursos en ese concepto, porque esta es una población pequeña, pero estoy dispuesta a hacer una prueba para empezar.

«Dentro de unos meses, cuando sea mayor de edad, quiero volver a París. Otras han logrado crearse allí una posición; ¿por qué no he de hacerlo yo también? Creo tener toda la paciencia y toda la voluntad que son necesarias. ¿No lo cree usted también, usted, mi mejor amiga y que me conoce más que nadie?

«Estoy tan segura de su cariño de usted, aunque mil causas nos hayan tenido separadas tantos años, que ni siquiera le pido que me dispense por el tiempo que le hago perder con esta larga carta, en la que, sin embargo, no he conseguido decir a usted todo... Pero usted me comprende sin que yo hable, como en otro tiempo. Era preciso que supiera usted todo esto para responderme. ¿Verdad que tengo razón y que debo tratar de rehacer mi porvenir, que dicen perdido? ¡Perdido! ¿Por qué? Porque no tengo dinero; porque he podido conocer que he estado a punto de casarme con un hombre que no era a mí a quien quería, sino a las ventajas de mi posición... Se dice, en fin, que mi nombre está deshonrado. ¡Ay! No tengo valor para discutir este punto... Pero ¿cuántos llevan un nombre sin tacha en este mundo tan severo? ¡Si hubiera usted visto la última mirada que me dirigió mi padre! ¡Qué pena! ¡Qué horror!

«Siento, amiga querida, que ahora puedo llorar. Estoy llorando; y es que, por primera vez después de la catástrofe, he dejado hablar a mi corazón, sabiendo que será comprendida.

«Respóndame usted en seguida, ¿verdad?

«Su pequeña Colette, que la quiere tiernamente.

«P. S. Ruego a usted que dé mis afectuosos recuerdos al doctor y a Remigio.»

—¡Bueno! ¿Ahora estás llorando tú también?, dijo Donald a su mujer.

—¡Pobre niña!, respondió Valentina dirigiendo a Juan los ojos llenos de lágrimas. ¡Es tan conmovedora y tan sencilla! ¡Ah! ¡Bien sabía yo lo que había en el corazón de mi pobre Colette!

—En efecto, la habías juzgado mejor que yo. ¿Quién sabe? Acaso sea más feliz que si hubiera seguido el curso de su vida.

Valentina no respondió. Estaba mirando los dos sobres de las cartas recibidas, juntas sobre la mesa; cartas venidas de dos puntos diferentes y que contenían por entero dos corazones jóvenes é inquietos que se reunían allí, ante sus ojos, como por un mismo y mudo llamamiento.

Al cabo de un instante dijo:

—Sí, tienes razón; acaso sea más dichosa.

El doctor había cogido la carta y estaba volviendo a leer ciertos pasajes.

—¡Qué cándido es esto! ¡Qué hermosa indignación hacia «el mundo!» ¡Qué irreflexión ante el grave proyecto de instalarse aquí sola para vivir de su trabajo! ¡Pobre niña! Cree saber ahora muchas cosas y se expone a choques inevitables... ¿Qué vas a decirle?

—Sí, es cándida sin duda, dijo Valentina; pero si piensas en su situación, verás que lo que dice es firme y justo. Le responderé como corresponde a la opinión que tengo de ella. Creo que tiene fuerza para sufrir y que vencerá mejor el sufrimiento activo que la atonía y la inercia que arrastraría de otro modo durante sus años más hermosos y más robustos. Se lo diré sin ocultarle lo que le espera; pero, si viene, no estará aquí sola. Cuenta con mi amistad y tendrá la de nosotros dos, ¿verdad?..

Juan respondió con sonrisa grave y tierna:

—Sí, querida mía.

Valentina le dió un beso y después reunió las dos cartas y las estrechó preciosamente. ¿No era un dul-

ce tesoro aquel doble impulso de confianza absoluta en ella?

La señora de Donald respondió largamente á Colette.

Y al día siguiente llegó Remigio.

VI

En la puerta de un cuartito interior, en un piso quinto del boulevard de Batignoles.

—¿A qué hora volverás, Colette?

—No lo sé, prima; en cuanto pueda; pero tengo muchas cosas que hacer.

Y Colette bajó la escalera encerrada, oscura y muy limpia, pero sin embargo llena de ese mal olor especial de los sitios privados de aire y de sol.

Y pronto estuvo en la calle para empezar sus gestiones, como todos los días desde hacía cerca de un año.

Colette vivía en París en casa de unos primos de su tía Rosa, parientes lejanos de la joven, buenas personas, muy sencillos y de poca fortuna. Colette los indemnizaba de los gastos que ocasionaba su presencia dándoles casi entera la pequeña renta que le había quedado después de la liquidación de los asuntos de su padre, y encargándose de la educación musical de una niña de doce años, tristonza, corta de entendimiento y muy poco interesante.

La mayor parte del día se pasaba para Colette en pasos y visitas. Estaba haciendo el duro aprendizaje de la lucha por la existencia, y se preguntaba algunas veces si no hubiera hecho mejor resignándose á permanecer en la estrecha y dormida provincia, al lado de la tía Rosa, dando lecciones ridiculamente pagadas y teniendo la posibilidad de hacer algún casamiento de «razón» con algún funcionario de la localidad que la quisiera por sus bellos ojos, ó la de resignarse á envejecer sola, siempre sola, como su tía. Pero al pensar en aquel porvenir toda su juventud y toda su alma se sublevaban.

¿Qué haría? ¿Qué podía hacer aquí? No lo sabía en realidad. Deseaba ardientemente emplear las fuerzas vivas de su ser, crearse ella misma y crear su vida. A pesar de sus rencores y de sus trabajos diarios, ponía tan buena cara y era tan amable y hasta tan alegre á veces, que empezaban á adorarla los que la rodeaban, lo que era para ella un consuelo. Sin embargo, su mente era más animosa que su corazón y éste se sentía cansado de ir y venir, de trabajar y hasta de vivir. Colette luchaba enérgicamente contra esa desanimación interior, y sus esfuerzos producían lentamente un resultado que, aunque modesto, correspondía á sus primeros proyectos.

Pero, cosa extraña, la joven sentía más resignación que gusto al realizar aquellos proyectos, concebidos en el primer impulso de reacción, y por decirlo así, al sentir el latigazo del infortunio. Se parecía á un convaleciente que, al salir de grave enfermedad, cuenta con los placeres y con el descanso que le esperan en la vida normal, y después écha de ver que sus fuerzas le engañan y no encuentra en la existencia el sabor que de ella esperaba.

La joven sufría particularmente ese malestar en aquella triste y helada mañana de febrero, en la que las nubes parecían correr al nivel de los tejados y caer en forma de hollín y de humo hasta el suelo, para mezclarse con el lodo; una de esas mañanas en que la vida, cuando no es dichosa ni fácil, aparece más desesperadamente fea, complicada y dolorosa.

Hacia un año que Colette creía haber aprendido de repente la vida y la humanidad, y ahora echaba de ver que aquella visión había sido incompleta y demasiado brutal en unos detalles, mientras que no llegaba en otros á la altura de la realidad. De lejos había sido muy sencillo hacer un plan de su futura existencia, dividido desde luego en dos partes; la una consagrada á las crueles decepciones y á la ingrata tarea de dar lecciones á domicilio; la otra, más risueña, dedicada á encontrar á sus antiguos y queridos amigos, con quienes le unía una secreta comunidad de gustos, que iba á despertarse y á desenvolverse á su contacto.

Ahora bien, como siempre sucede, ninguna de esas dos partes se realizó según sus esperanzas. Colette se encontró sorprendida al hallar en el mundo de humilde burguesía una acogida más favorable y más simpática de lo que había creído, y al obtener bastante pronto algún resultado práctico de sus gestiones. Pero el otro lado de la vida, aquel que le parecía un goce en perspectiva, se presentó desde luego bajo un aspecto de tristeza y de desengaño.

Valentina la acogió calurosamente y la invitó á asistir á las veladas de los domingos. La joven, en efecto, se apresuró á ir á la primera, en la que no vio á Remigio, ocupado aquel día en otra parte. Colette oyó hablar de aquella comedia suya que se iba á re-

presentar, y de nuevo, después de diez años, se encontró extraña á aquel círculo, en el que todo era para ella desconocido y estaba cerrado á su corazón ya desconfiado por la desgracia. Además, la conocieron algunas personas y le pareció que era objeto de una curiosidad indiscreta...

Ante la animación inteligente de aquellas existencias, la huérfana se sentía invadida por un malestar que le paralizaba el uso de la palabra como si fuera una niña tímida y torpe. Su costumbre de la sociedad no la ayudaba, y aquella impotencia para expresar sus ideas y para traducirse á sí misma llegó á ser tan dolorosa, que resolvió no volver los domingos á casa de los Donald y no ver á Valentina más que privadamente.

Volvió, sin embargo, y vio á Remigio, que estuvo infinitamente amable y cariñoso con ella; pero su malestar, lejos de atenuarse, aumentó. Miraba á Remigio con una especie de espanto y de envidia. ¡Hablabla el joven con tan alegre animación! Y era que su vida estaba llena con un nuevo elemento de actividad.

Su padre, para combatir aquella especie de crisis moral en que el joven amenazaba caer, le había asociado en lo posible á sus ocupaciones. Remigio, en efecto, había comprendido que la obra más artística y más literaria no puede ser completa más que cuando es «humana», y que para serlo es preciso no contentarse con imaginar la vida, sino conocerla hasta en sus detalles más ínfimos, de los que surgen á veces los más grandes movimientos que agitan á la humanidad. Por eso, sin abandonar sus primeras ocupaciones, Remigio tomaba parte entonces en la obra de las lecturas y hasta había mostrado, como conferenciante, un verdadero don de la palabra. Su auditorio, un poco rudo, sufría la influencia de su fogosa juventud.

Cuando Remigio exponía sus ideas en la intimidad, Colette le escuchaba ávidamente.

—¿Comprende usted?, le preguntaba el joven.

Y ella decía que sí con la cabeza, pero le parecía que existían abismos entre ella y su amigo de la infancia.

Cuando se marchaba, le dijo Remigio:

—Volverá usted á menudo, ¿verdad?

—Sí, sí, respondió Colette.

Pero se abstuvo de volver, porque sufría demasiado en casa de Remigio.

Valentina fué á verla muchas veces y la rodeó de solicitud maternal. Colette encontró excelentes razones para explicar su ausencia de las veladas de los domingos, y Valentina, entonces, la invitó á almorzar.

—Estaremos las dos solas, le dijo, y podremos hablar.

Colette se alegró mucho y fué al almuerzo, pensando que, en efecto, le sería muy fácil y muy agradable hablar libremente con su gran amiga de otro tiempo.

Valentina habló en seguida de Remigio y de sus éxitos, llena de orgullo.

—Conmueve el corazón y la inteligencia de nuestro público, sabe entrar en comunicación directa con él y sostener la discusión contra su adversario hostil á nuestras ideas, sea por cálculo, sea por falta de comprensión. Pero, añadió Valentina riendo, yo no soy conferenciante y me contento con preparar las notas de esos señores... Tienes que venir á oír á Remigio.

La joven oía con interés apasionado todo lo que le decía su amiga y la envidiaba por aquella colaboración íntima con los seres amados. Valentina le dió los libros de su marido y la joven los devoró. Aquellas cosas eran las que decía Remigio, y al leerlas le parecía estarle oyendo.

Mientras tanto Remigio, como otra vez le había sucedido después de una fase de actividad febril, se encontró de repente como replegado en sí mismo, pero no dejó ver aquella nueva crisis de desencanto. Valentina, sin embargo, conoció pronto la verdad y no tuvo que esperar mucho tiempo para saberla por su mismo hijo. Un día en que estaba solo con ella, Remigio volvió á decirle las quejas mismas de la carta de Italia. ¿Para qué tanto movimiento y tanta actividad? ¿Para qué ocuparse tanto de las cosas exteriores?

Valentina miró con tierna indulgencia á aquel gran niño de corazón ávido de ternura, pero al que no bastaba ya la de su madre y su hogar... Y por un momento sintió la mordedura de esos celos extraños que experimentan todas las madres á quienes trata de escaparse un hijo único, para pertenecer á otra mujer. Pero Valentina no debía ceder á ese sentimiento egoísta, porque quería que Remigio fuera dichoso. ¿No le conocía bastante para saber cómo había de conseguirlo? ¿No tenía bastante poder sobre

él para hacer que se concentrara sus sueños en una imagen de mujer?..

—Me gustaría que Remigio se casara con la hija de mi colega Serigny, dijo el doctor á Valentina.

Ésta no respondió.

—¿Qué te parece?, insistió Juan.

—¿La ama Remigio?

—Le gusta mucho y es una muchacha muy inteligente.

—Sí..., puede que demasiado.

El doctor se echó á reír.

—Pero eso no le impide ser guapa, y además conozco otras como ella... Usted, por ejemplo, señora, añadió Donald al ver que su mujer fijaba los ojos en él.

—¡Oh! Yo... Pero ¿por qué esa idea repentina de casar á Remigio? Apenas tiene veintitrés años.

—¿Como si no te hubiera ocurrido á ti la misma idea!

—Y bien, sí, es verdad, he pensado en ello.

—¿Lo ves?

—Pero no había pensado en la hija de Serigny.

—Sin embargo, se ven con frecuencia y hasta hay entre ellos una verdadera intimidad... Es una encantadora criatura, educada por un hombre á quien admiro y estimo profundamente.

—Sí, sí..., decía Valentina con la cabeza á cada una de las palabras. ¿Pero la crees capaz de sacrificar su personalidad á la de su marido? Tiene un ingenio muy original, es verdad; pero...

—¿Pero qué? Di lo que piensas.

—Pero no la encuentro bastante mujer.

—¡Bah! Ya pareció aquello...

El doctor, que se estaba paseando por la habitación, se paró de repente delante de Valentina y dijo:

—Ese es el eterno argumento cuando dos personas no pueden ó no quieren entenderse respecto de una mujer. Vamos á ver, nosotros no estamos en ese caso, ¿verdad? Hablemos, pues, francamente. ¿Tienes alguna otra en la cabeza?

—Sí, es cierto, dijo Valentina con sencillez.

—¡Ah! ¿Y quién es?

—Adivínalo, respondió Valentina con cierto dejo de malicia.

—¿Como en los juegos de prendas? Convenido. ¿La conozco?

—Naturalmente.

—¿Mucho?

—No lo bastante todavía para...

—Basta; ya sé quien es.

Y Donald volvió á pasearse con una expresión algo brusca é impaciente.

El corazón de Valentina se oprimió un poco. Conocía muy bien aquel movimiento nervioso de todo el ser, aquel entrecejo que denotaba en su marido una oposición obstinada. Lo había visto cuando se trató de decidir la carrera de Remigio. Pero el recuerdo de la victoria que entonces obtuvo le devolvió todo su valor, pues los sucesos le habían dado la razón.

La señora de Donald se levantó, se cogió del brazo de su marido y arregló el paso al suyo en una actitud de muda y cariñosa súplica.

Sabía que Juan, como muchos grandes entendimientos enteramente consagrados al trabajo, parece que no tienen lucidez ni lógica más que para ese trabajo, y en la vida privada se aferran á ideas antiguas que no se han tomado la molestia de modificar á medida que se han desarrollado los acontecimientos. En este caso hace falta, y no es mucho, toda su bondad y toda su inteligencia para desarraigarse esa idea. Valentina sabía esto y tenía guardado el secreto de esa debilidad de un carácter por otra parte tan elevado y tan perfecto. ¿Por qué tenía Juan aquella ya lejana desconfianza y aquel sentimiento de repulsión respecto de Colette? Valentina no podía explicárselo. Si hubiera insistido para que Juan se lo explicase, éste le hubiera, sin duda, repetido su profunda aversión hacia el medio en que aquella niña había vivido y sus temores por la doble herencia, moral del padre y física de la madre, y hubiera resultado esclavo de su teoría, como todos los sabios que no cuentan con los efectos de lo desconocido.

Así pues, Valentina se guardó bien de discutir; no por astucia, sino por instinto. Veía que el primer movimiento de Juan era de defensa y de desconfianza, y era preciso encontrar un argumento supremo que arrancara á su corazón lo que su entendimiento se negaba á aprobar.

De repente exclamó el doctor:

—En primer lugar te responderé con tu misma pregunta de hace un momento: ¿Remigio la ama?

—Puede ser.

—¡Cómo! No piensa en ella jamás; apenas la ve y nunca habla de ella...

(Continuará)

EL TREN PARA CARRETERAS

DEL CORONEL RENARD

El tren automóvil para carreteras inventado por el coronel Renard y que tanto ha llamado la atención en el Salón del Automóvil de 1903, pone en práctica dos principios originales que permiten suprimir los dos inconvenientes capitales ante los cuales se había estrellado hasta ahora esta clase de tracción de cargas pesadas.

En los trenes automóviles ensayados anteriormente, la locomóvil ó el vehículo de arrastre son los únicos que arrastran la masa total de carros enganchados á ellos; de lo cual resulta que aquel vehículo ha de ofrecer por sí solo toda la adherencia necesaria para la tracción de toda la carga, y por consiguiente es preciso darle un peso muerto considerable, sin beneficiarse del aligeramiento que se ha logrado realizar en el establecimiento de los motores. Remolcar un peso muerto inútil significa un aumento de los gastos de tracción; pero además el movimiento de vehículos de un peso excesivo exige carreteras muy buenas, y aun así este sistema de locomoción las estropea considerablemente, con grave perjuicio del presupuesto de obras públicas.

A este primer inconveniente se agrega otro, cual es que, cualquiera que sea el artificio empleado, es imposible conseguir que todos los vehículos den la vuelta siguiendo exactamente las huellas de la primera: á medida que la cabeza del tren se aleja, la curva se abre y la cola del mismo tiende á la línea recta, de manera que cuando el número de coches es importante, es imposible dar una vuelta demasiado cerrada en una carretera estrecha y á una velocidad regular, y más imposible aún describir una S algo pronunciada.

Para suprimir el primer inconveniente, el coronel Renard ha hecho que todos los vehículos participen de la adherencia haciéndolos automóviles, lo que permite no dar á la locomotora mayor peso que á los demás vehículos. La locomotora no es más que una fábrica de fuerza, y esta fuerza, mediante una conveniente transmisión, se distribuye sucesivamente á cada vehículo, el cual participa de la propulsión «por delegación», según la pintoresca frase del inventor, que ha dado á este sistema motor el nombre de «propulsión continua», por analogía con los frenos continuos de los ferrocarriles que operan individualmente sobre cada coche, pero bajo la dirección única del maquinista.

Pueden inventarse varios sistemas de transmisión que llenen las condiciones que acabamos de indicar: el que se ha aplicado al tren construído por M. Surcouf es puramente cinemático y consiste en un árbol que corre por debajo de los vehículos desde un extremo á otro del tren y que gira bajo la acción del motor. Esto sentado, es fácil formarse idea de los mecanismos que transmiten una parte de la fuerza á los aparatos diferenciales montados sobre el eje que hay en la parte trasera de cada vehículo.

El árbol es necesariamente articulado, á fin de permitir que el tren describa las curvas; la primera dificultad que había para ello consistía en disponer la articulación de tal manera que el movimiento no cesara de propagarse en esta línea interrumpida y que además este movimiento no se alterara al pasar de un vehículo á otro. Este resultado se ha conseguido por la interposición de una biela entre los tubos fijados en dos vehículos consecutivos. Ciertamente el movimiento se altera al pasar del tubo del primer vehículo al del segundo, pero la modificación que se produce entre la biela y el tubo siguiente es exactamente inversa, de modo que los árboles de dos vehículos se mueven de una manera idéntica.

Logrado esto, era preciso asegurar la dirección, es decir, que un vehículo rodara exactamente por las huellas del anterior y describiera una curva del mismo radio, que es lo que denomina el inventor «vuelta correcta»; para conseguir este resultado, los vehículos

van unidos entre sí por un «enganche de dirección» compuesto de un timón que se comunica por una parte con el eje delantero de cada vehículo y por otra con la trasera del vehículo precedente. Existe una relación geométrica muy sencilla entre las dimensiones del timón y la distancia de sus extremos á los ejes motores de los dos vehículos, para que las curvas

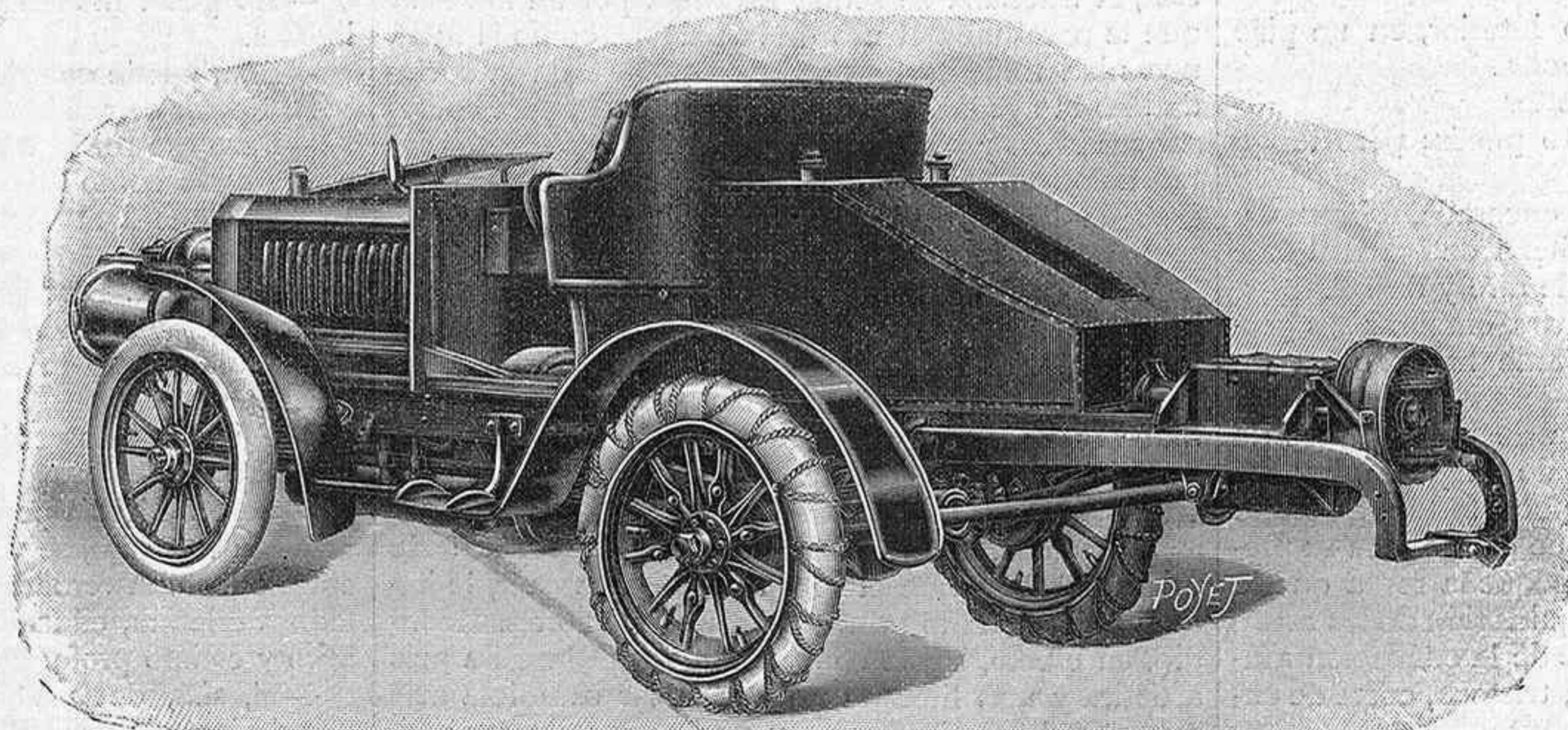


Fig. 1. - Tren automóvil Renard. Locomotora

describas tengan el mismo radio. En cuanto á la disposición cinemática que permite dar á las ruedas directrices la oblicuidad conveniente, varía según el sistema de juego de ruedas delantero adoptado: sabido es que éste puede girar de una pieza, alrededor de una clavija maestra, como en los coches ordinarios, y que en los actuales automóviles se prefiere que cada rueda gire individualmente alrededor de un eje independiente. Este último caso exige un sistema de palancas análogo á la dirección usada en los automóviles, pero cuyas proporciones van enlazadas con la condición de la «vuelta correcta.»

Como se ve, los diversos vehículos que componen un tren van unidos por dos enganches, el de potencia y el de dirección; los dos son necesarios y se completan para formar un conjunto cinemático perfecto.

Pero queda por vencer una gran dificultad. Cuando el tren está en línea recta, su longitud es la suma de todas las ramas que componen su árbol; en cuanto describe una curva, este árbol forma un polígono,



Fig. 2 - El tren Renard completo recorriendo la Avenida Rapp, en París

y la longitud del tren, medida según la curva descrita en este polígono, es más corta que en línea recta. Ahora bien: ¿cómo podrían aproximarse los vehículos desde el momento en que marchan rigurosamente con la misma velocidad? Habrá deslizamiento, pérdida de fuerza, tal vez parada y acaso algo peor, es decir, que cuando el tren, volviendo á tomar la línea recta, habrá de alargarse, los vehículos se atravesarán y volcarán, como lo ha demostrado la experiencia.

Es menester, pues, interponer un enlace elástico que permita á las ruedas girar en la cantidad necesaria en los cambios de longitud, y á este objeto cada una de ellas va fijada en un eje por la mediación de un tambor que contiene un fuerte muelle espiral, que es lo que se llama «el compensador.»

Tales son las partes esenciales del tren Renard, que además consta de varios órganos de detalle muy ingeniosos. Entre éstos citaremos los cambios de velocidad: el motor va provisto de aparatos que permiten variar la velocidad desde 16 á 72 kilómetros por hora y que son análogos á los ya aplicados á los automóviles; pero el coronel Renard, comprendiendo

que un tren, por su misma composición, tiene un régimen de velocidad necesario, ha inventado un aparato de regulación inicial llamado «variador», que desde el momento de la salida fija los límites, entre los cuales el conductor, que manobra siempre sobre la palanca del cambio de velocidad, podrá modificar su marcha. Viene á ser, en cierto modo, un aparato reductor.

Si el tren es muy pesado, será preciso contentarse con una velocidad pequeña, que será el $\frac{1}{4}$ de la máxima, 4 á 18 kilómetros; para un tren de viajeros se reducirá sólo á $\frac{1}{2}$ al medio variador, 8 á 36 kilómetros; y finalmente la locomotora, utilizada solamente como automóvil ordinario, podrá correr á razón de 72 kilómetros por hora. Todo este conjunto de disposiciones es susceptible de constituir trenes para carreteras ligeras, ya que cada vehículo es ligero y puede pasar por los desfiladeros más difíciles y subir pendientes de 10 por 100.

Nada impide aplicar el principio de la propulsión continua á los trenes sobre rieles, en los cuales, naturalmente, sería inútil instalar el enganche de dirección. Si se aplicara, las locomotoras podrían ser más ligeras, y gracias á la adherencia producida por la totalidad del tren, puede preverse que este género de tracción permitiría suprimir á veces la cremallera de los ferrocarriles de montaña.

No menos importantes son las aplicaciones militares; precisamente son éstas las que en primer término tuvo el coronel Renard en cuenta cuando inventó su sistema, y el primer tren de ensayo construído tenía como objetivo estas aplicaciones.

Pero aun limitándonos á la organización de los servicios de transporte y acarreo en las regiones no dotadas de ferrocarriles, es evidente que el nuevo sistema daría excelentes resultados. El tren para carreteras tiene sobre los tranvías la gran ventaja de no ocasionar los gastos considerables que supone el establecimiento de la vía y de no estar obligado á seguir un itinerario invariable. — G. ESPITALIER.

* * *

EL TÚNEL DEL FERROCARRIL

DE PENNSYLVANIA EN NUEVA YORK

Véase el grabado de la página 119

Muy adelantados están ya los trabajos preparatorios para realizar el grandioso proyecto de dotar á la vía de Pennsylvania de una estación de término en la isla de Manhattan y unirla á la red ferroviaria de Long Island. El derribo de los edificios que ocupan las cuatro grandes manzanas donde ha de construirse la estación para pasajeros, progresa activamente; dos de ellas, en una longitud de un tercio de milla, están ya en disposición de poderse comenzar las excavaciones. Los pozos de minas, para empezar los trabajos de la perforación del túnel, están ya abiertos; y en corto plazo estará cubierto de trabajadores todo el trayecto desde la entrada de Jersey á la de Long Island.

Dos vías entrarán por la extremidad occidental del túnel, llamada entrada de Hackensack, frente á la colina de Bergen, que se extiende paralela al río Hudson. Desde esa entrada á la salida, en Long Island, la distancia será poco menos de seis millas. Las dos vías cruzarán la colina en dos túneles separados, que llegarán hasta el pozo de Weehacoken, á poco más de una milla. Hasta ese punto los túneles serán de construcción ordinaria; pero desde allí al pozo situado en la playa occidental de la isla de Manhattan, unos 6.000 pies, las dos vías irán por unos tubos circulares, de construcción especial. La línea bajará, desde la entrada de Hackensack hasta el punto más profundo, debajo del río del Norte, con una inclinación de un 1'3 por 100 y en su nivel más inferior, el piso de los túneles estará á unos 90 pies más bajo que el nivel, término medio, de las aguas del río del Norte. Desde allí irá subiéndose la vía, con una inclinación de 0'53 por 100 durante un trayecto de 2.000 pies y después con otra de 2 por 100 otros 3.000. Al llegar al pozo de mina de Manhattan cesa

el sistema tubular y las dos vías continúan hacia el Este, separándose y penetrando en dos distintos túneles, con tres vías cada uno. Estos túneles de tres vías se extienden unos 1.700 pies, viniendo ambos á desembocar en un solo túnel, con cuatro vías, de 605 pies de largo, que llega hasta el extremo occidental de la estación de término, que será la mayor de su clase que habrá en todo el mundo, pues ocupará un paralelogramo que mide 460 pies de Norte á Sur y 1.800 de Este á Oeste. No se han hecho todavía públicos los detalles ni estilo arquitectónico del edificio, que será probablemente una modificación del clásico, con cierto carácter monumental.

La construcción de toda la obra, así bajo tierra como bajo el río, no se cree que tropiece con obstáculos tales que requieran construcciones especiales, sino que el trabajo podrá hacerse fácilmente y sin interrupciones. Las perforaciones han demostrado que, bajo la tierra firme, los túneles habrán de practicarse en la roca y bajo el río á través de capas de arena fina y gruesa y grava.

Esta vía, especialmente en la parte comprendida bajo las aguas de los ríos Norte y Este, ha sido proyectada teniendo presente el modo de evitar siniestros á los trenes y de aminorar sus consecuencias si ocurrieran. En primer lugar, los costados del túnel van cubiertos por un macizo de tierra hasta la altura de las ventanillas de los coches, lo que reducirá á mínimas proporciones el daño ocasionado por descarrilamiento ó choque y proporcionará un medio de salir del túnel en caso de ocurrir un accidente. Si, por cualquier motivo, quedara detenido un tren, podrían los pasajeros subir sobre esa especie de pretil y marchar por él hasta encontrar una salida. Además si un coche llegara á salirse de los rieles, no podría hacer descarrilar á los siguientes, pues es lo probable que pudiera detenerse todo el tren, sin más desperfectos que la rotura de los cristales de las ventanillas.

Los cables eléctricos irán dentro de sus cañerías especiales y embebidos en las tierras de los macizos laterales, en los que, de distancia en distancia, habrá huecos para refugiarse los empleados y obreros, y por

ofrecen un conjunto tan completo ni tan apropiado á las necesidades que han de satisfacer como en Bélgica, pudiendo afirmarse que no existe actualmente en aquella nación una sola carretera de alguna importancia sobre la cual no se encuentren los rieles del vecinal.

La red explotada comprende ya 101 líneas de una longitud total de 2.080 kilómetros. La tracción se efectúa generalmente por medio de locomotoras de vapor, y los trenes formados con varios vagones y un furgón son análogos al pequeño ferrocarril que va desde la plaza de la Estrella, de París, á Saint-Germain-en-Laye. En las líneas nuevas se ha comenzado á emplear la tracción eléctrica por trole. La red vecinal corresponde con los ferrocarriles ordinarios en 97 estaciones.

Además del transporte de viajeros, los ferrocarriles vecinales belgas hacen el de mercancías y productos agrícolas, para lo cual hay 250 ramales que comunican 170 con fábricas y 80 con granjas.

El material móvil se compone de 408 locomotoras,

1.068 vagones para pasajeros, y 3.550 furgones y vagones de mercancías. Las estaciones y los apeaderos son por lo general rudimentarios: una casilla, un poste indicador y en las poblaciones más importantes una posada ó una cantina. Las tarifas son baratas, y la velocidad es de 25 á 40 kilómetros por hora.

Además de los servicios que prestan á la industria, al comercio y á la agricultura, los ferrocarriles vecinales son más á propósito que los ferrocarriles ordinarios para las excursiones en aquel interesante país.

El conjunto de la red vecinal belga representa un capital de 156 millones de francos.

Los ingresos totales han sido en 1903 de francos 11.600.000 y los gastos se han elevado á 7.900.000; estas cifras dan una idea de la importancia que en menos de veinte años han adquirido esos ferrocarriles secundarios en un país ya admirablemente dotado de ferrocarriles y vías navegables.—R.



UNA BODA EN VALENCIA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, cuadro de V. G. de Paredes

último, estará de un extremo á otro el túnel perfectamente iluminado.—R.

**

LOS FERROCARRILES VECINALES EN BELGICA

En 1885 fundóse en Bélgica, bajo los auspicios del gobierno, una sociedad para la construcción y explotación de los llamados «ferrocarriles vecinales», líneas férreas de vía estrecha que vienen á ser las intermediarias entre el ferrocarril propiamente dicho y los tranvías y que prestan inmensos servicios. Las más de las veces están establecidas en las mismas carreteras, y como su nombre indica, facilitan las relaciones vecinales de ciudad á ciudad ó irradian de los grandes centros industriales.

En la mayoría de los países de Europa y de América existen muchas líneas análogas, pero en ninguno

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

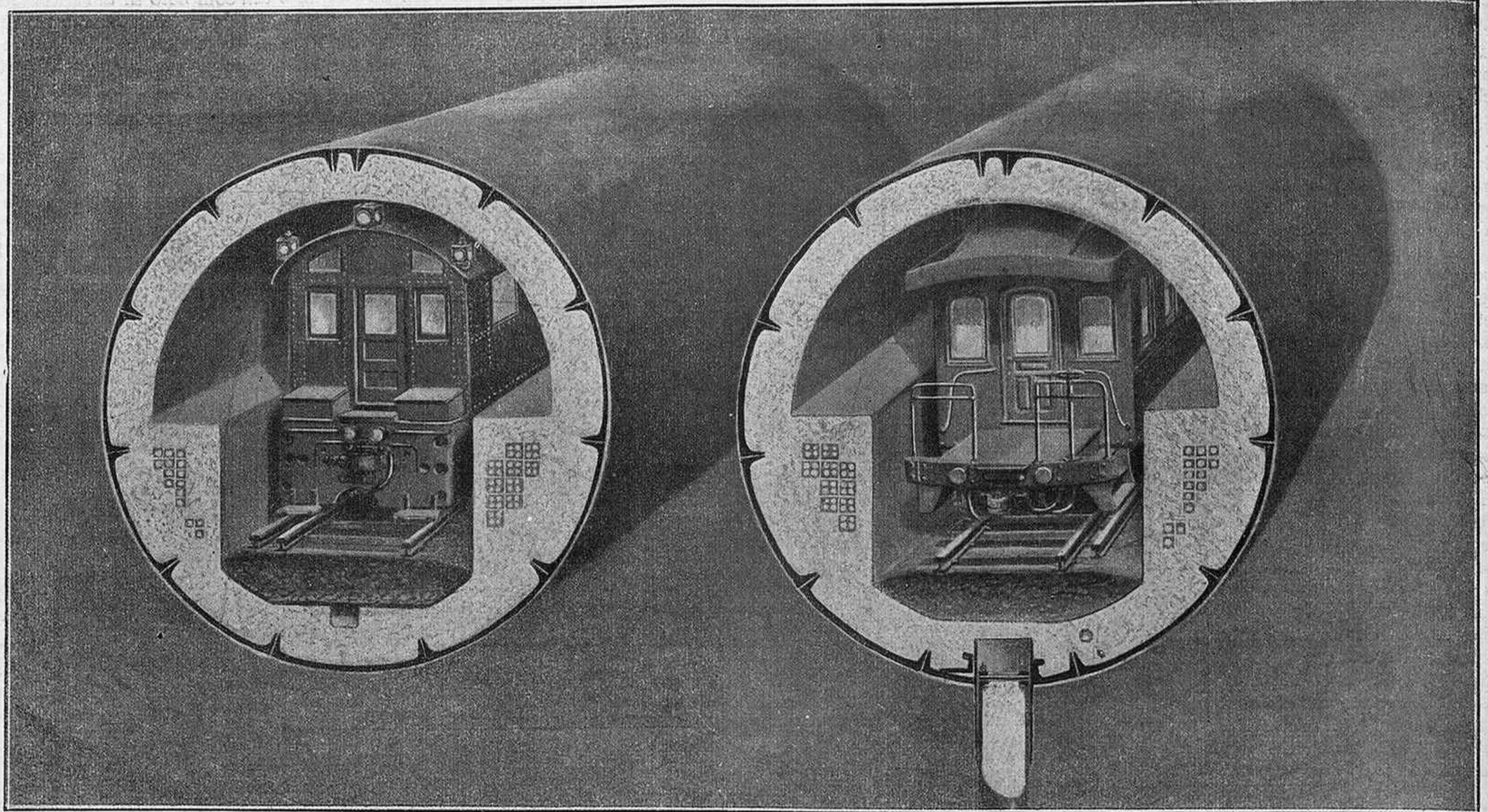
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias,
Jaqueca,
Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
650

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



SECCIÓN DEL TÚNEL DEL FERROCARRIL DE PENNSYLVANIA EN CONSTRUCCIÓN BAJA EL RÍO HUDSON. (Véase el artículo de la página 118.)
Longitud total desde Nueva Jersey á Long Island, seis millas. Diámetro exterior de la cubierta circular del túnel, 23 pies

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMIGUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Éxito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico,
ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artrismo,
la Diabetes, las Enfermedades
del Hígado y de los Riñones.
Fca. PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del*
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los *Reumatismos,*
Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DÉPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

Fraco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES;
pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. B-St-Denis

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS
JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
Fca G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc.,
se curan con el Rob Boyveau-Laffec-
teur célebre depurativo vegetal pres-
crito por todos los medicos. Para
evitar las falsificaciones ineficaces,
exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
Boca. Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
cion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LECHELLE
HEMOSTÁTICA
Se receta contra los *Flujos,* la
Clorosis, la *Anemia,* el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades del*
pecho y de los *Intestinos,* los
Espustos de sangre, los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DÉPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.